



KETTI GALLIAN
Nueva estrella del elenco Fox, en la película "Maria Galante".



SEÑORITA JOSEFINA IBAÑEZ ARMELLA, de la sociedad de Barranquilla, Colombia. (Foto Velasco.)



CLARK GABLE, artista del elenco Metro Goldwyn Mayer es aficionado a la equitación.



UN TRIBUNAL JAPONES.—Los complicados en los asesinatos terroristas de 1932 en los cuales perdieron la vida varios prominentes personajes, son sentenciados a prisión perpetua.



LA MISION FRANCISCANA de Santa Bárbara, California, fué fundada en 1786 y se conserva en perfecto estado. (Earle O'Day, Press Service.)



FREDRIC MARCH y ANNA STEIN, de United Artists fueron visitados repetidamente por Mary Pickford.



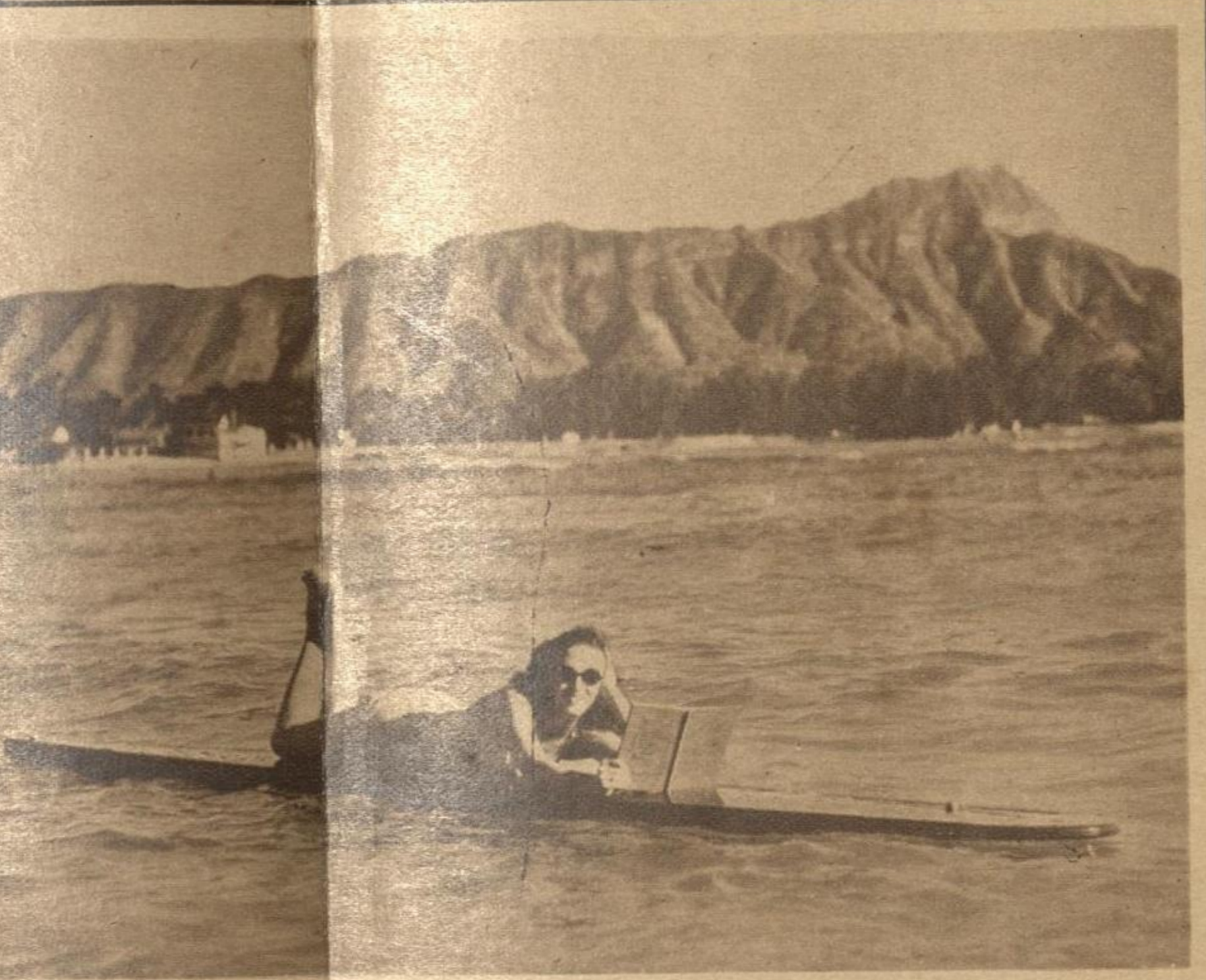
GLENDA FARREL, de la Warner Bros.



SOLDADOS DE MAÑANA.—Vemos aquí cómo se presentan soldados de infantería francesa protegidos por los últimos inventos contra explosivos y gases asfixiantes, en un recorrido llevado a cabo por el Ministerio de la Guerra de Inglaterra. Al fondo se ve una caseta portátil blindada que tiene cabida para cinco personas.



ESTE INTELIGENTE CHIMPANCE que responde al nombre de Duque de Wellington, tiene como inseparable compañero de juego un perro al que vemos aquí en arriesgada postura.



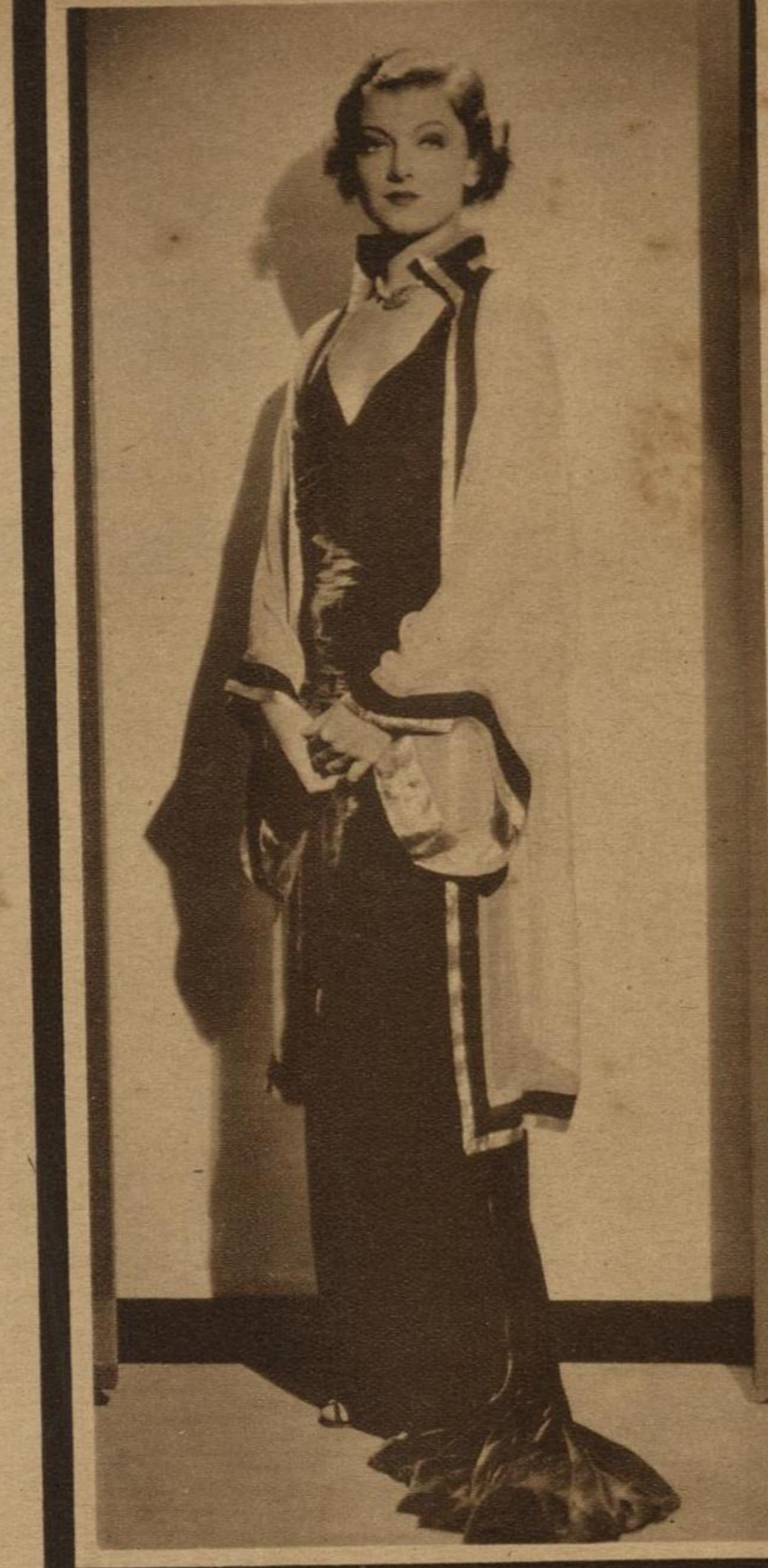
LAS ALUMNAS DE LA UNIVERSIDAD DE HAWAII han ideado esta curiosa manera de estudiar sin ser interrumpidas, aunque las olas suelen arrebatarlas de sus frágiles esquifes con bastante frecuencia.



GALLINERO FLOTANTE.—La popa del trasatlántico Gothic Star, fué convertida en gallinero para transportar aves de corral del Canadá a Inglaterra. Hé aquí un rincón del improvisado gallinero durante su primer travesía.



EN ESTA ELEGANTE CREACION, la nota culminante es la larga levita de raso color crema, con solapas y botones oscuros y peto y puños de tul.



MYRNA LOY, de la Metro-Goldwyn-Mayer, luciendo un traje de fiesta que evoca por sencillas líneas recuerdos de estampas de damas medievales.



UNA BUENA PARTE DEL EXITO alcanzado por Myrna Loy en la pantalla luminosa debe atribuirse al exquisito buen gusto con que se viste y la originalidad de sus toilettes.

LA MODA EN EL CINE



LA INDUMENTARIA PARA LOS DEPORTES adquiere características modernísimas en esta fotografía: un sweater que deja la espalda descubierta y pantalones a rayas.



ELEGANTISIMO VESTIDO de "soirée", de brillante seda negra, que hace destacar en forma admirable el esbeltísimo cuerpo de la joven artista de cine.



EL MERITO DE ESTE SENCILLO vestido de noche estriba en el arte consumado que se empleó al cortarlo, para que las rayas de la tela formen incontables ángulos.



DICIENDO LA BUENAVENTURA, por C. Detti. (1884).
 Mirada de reojo y sin disimulado recelo por la servidumbre, la gitana lee el destino de los comensales en la palma de la mano. La minuciosidad de los detalles y el colorido puesto por el artista en la añeja escena dan al conjunto una vida que palpita de realismo, habiendo merecido este lienzo Mención Honorífica en el Salón de París de 1884.

SEMANA GRAFICA

REVISTA ILUSTRADA— INFORMACION — ARTE — LITERATURA
 Editada por la Compañía Anónima EL TELEGRAFO

J. Santiago Castillo, Director Adolfo H. Simmonds, Jefe de Redacción.
 CASILLA DE CORREO 824.— TELEFONO: CENTRO 1005.— CABLES: ANAGRAFICA.
 CIRCULA LOS SABADOS PRECIO CINCUENTA CENTAVOS

AÑO IV

GUAYAQUIL (ECUADOR), 9 DE MARZO DE 1935

Nº 197



Foto SANTOS.

EVA PORTMUSS

Un cielo de ilusión reflejado en el azul de sus ojos y una fortuna de inefable ventura trasuntada en el oro de su rubia cabellera, fueron los dones que su hada-madrina le regaló al nacer, para que una celeste simpatía cubra el sendero de su vida y granen en él las áureas espigas de la felicidad.

PAGINA EDITORIAL

LA SEMANA EN MONOS

Por V. JAIME SALINAS.



COMENTARIOS

LOS MONOS DE LA SEMANA

Un pastel. En un verdadero pastel o, mejor dicho, una ayaca, se ha convertido la elección concejal. El Consejo de Estado, apesar de ser un viejo cocinero, da vueltas a la sartén, sin concebir cómo puede evitar que se quemé por arriba o por abajo. ¿Preferirá dejarlo que se tueste entero? Por abajo, con las pasas, está Don Apa. Por arriba, con la mantequilla, está Don Suéscum. I el Consejo de Estado da vueltas y más vueltas, invirtiendo a los de arriba y divirtiendo a los de abajo.

Recordamos cómo tronó Júpiter Olímpico después de la anterior elección. Se ha burlado el sagrado derecho del sufragio, dijo; y, votando a las autoridades, voy a enseñar cómo se cumple con la voluntad popular. I ahora tenemos el resultado de la segunda elección, en la que no se ha festinado el voto, etcétera cantimplora. ¿Quién es y quién no es? Como Hamlet con la calavera, el Consejo de Estado volteó y revoltea al pastel. I, el pastel ya huele, y no precisamente a rosas.

¡Pam!... ¡Chiff!... ¡Suass!... ¡Viva el carnaval! Cuando es de jugar se juega. Aguantar, como aguantó la difunta. I bomba va y balde viene. Empujados por el dios Momo, todos nos hemos remojado. A bañarse, que la vida es una ilusión y el porvenir mentira. Agua! ¡Más agua, Timotea! Pero nos asalta una presunción. ¿Por qué habrá dado el Gobierno tanta libertad para el juego? ¿No habrá pensado que estando caliente el pueblo por los actos gubernativos, convenía que se enfriara con un poco de agua? Nada mejor que un baño para quitar la calentura. I como la política tiene caracteres de tifus, pues al baño todos, para bajar la temperatura. Si que es perspicaz Su Excelencia. Esto es ser un verdadero sociólogo, psicólogo y patólogo. La hidroterapia como tratamiento político. Casi es un descubrimiento, que se lo envidiará Hitler al Führer del Ecuador.

¡Pobre Leiva! Estrellarse con su carro en una noche oscura y que le aparezca luego un plomo dentro del cráneo. I dar con esto motivo a que entre los periodistas, los policías y los políticos escri-

ban un folletín. I que hasta hagan un mitin contra los masones, sin considerar que tenía él nada menos que el grado 28. ¡Si que es un destino aciago!

¿Pero quién podrá ser el criminal? Al interfecto Flores, que se declaró autor, lo botó la policía juzgándolo un borracho inconsciente. I, a propósito, se cuenta la siguiente anécdota. Flores proclamó que era el matador en una cantina de un pariente de Leiva. Al día siguiente, puesto ya en libertad, fue a la cantina a manifestar que había estado tan ebrio, que no se acordaba de nada. Entonces el dueño de la cantina le manifestó que todo estaba bien,

pero que debía pagarle los 20 sucres que le debía por las copas. A lo que Flores respondió que nada le debía, pues le había pagado con un billete de 20 sucres. Por lo que el dueño le dijo: ¡Ah, no se acuerda usted de lo que habló sobre el crimen y si se acuerda del billete!...

El Banco Central pone una inyección al comercio para que lo conforte, asegure y apriete. I el economista mira el tratamiento, juzgando in pectore que no está la calentura en las sábanas. Pero es el caso que no hay mucha diferencia entre el procedimiento que el uno había proyectado y

que el otro pone en ejecución. Toda la diferencia estriba en que éste usa la vía hipodérmica y aquél prefería la vía digestiva.

Colón Eloy regresa por donde vino. Vino y combinó; pero no se va como conviene, sino como con vino. Fué bueno el vino y le vino el arreglo divino. Ahora a Washington a alistar los corotos; y, luego, a Bogotá, que el mundo no es grande y la vida es pequeña. Si eso no ha sido resolver el problema de Colón, que venga otro y lo pare. Colón va a descubrir ahora Bogotá, y si no los encuentran con plumas, si los hallará de plumas, de áticas y atildadas plumas, expertas para la loa. I es muy grato que le hagan a uno cosquillas con la pluma. En cuanto a los que acá quedan, que se las arreglen como puedan. Sin que eso quiera decir que Colón no venga cuando lo llamen y cupe el puesto que le designen. Ya hemos visto cómo ahora ha venido en cuanto lo han llamado y va a ocupar el puesto que le han designado. I salió la frase en verso.

Las izquierdas resolvieron hablar a los cuatro ámbitos. Voz que salta del vértice de una pirámide al de otra, para ser escuchada por la esfinge. Que la opinión pública es hoy un Sahara de indiferencia, de desolación y de abandono. En el ambiente nacional se oyen únicamente negaciones. Pero no se crea por esto que le falta a nuestro pueblo entusiasmo y pasión. Lo que ocurre es que considera preferible gastar sus arrebatos en el carnaval. Allí han estado los ciudadanos en su elemento, lanzándose bombitas de jebe y jarros de agua. ¡Aza, zaraza! Una batalla campal, en la que millares de hombres han rodado sobre ríos de agua. ¡Cuánto civismo! Porque es una fiesta cívica la del carnaval. I no es que haya quedado para eso nuestro pueblo; pues también se ha puesto en la frente la ceniza. Esto, claro está, con la derecha; ya que la izquierda no sirve para gratos menesteres. Aunque muchos podrían creer que el manifiesto es propio de la derecha, por infecundo.

Como broche de grana, los mansos apóstoles del Nazareno pidieron que se levante la horca. He allí un anhelo digno de ser tenido en cuenta. Quieren los conservadores la horca. ¿No creen ustedes que debería complacerseles?

FUNDACION DE PORTOVIEJO

La provincia de Manabí tiene una historia gloriosa, que se pierde en las nebulosas de los más remotos tiempos del indigenario. Apenas si se sabe que esa provincia a la cual los indios le daban el nombre de Manta, tenía una capital importante llamada también de Manta o de Hocay y era habitada por unas tribus inteligentes y aguerridas denominadas de los mantas, las cuales se cree que procedían del imperio Maya asentado desde época inmemorial en el Yucatán.

Se calcula que 800 años antes de Jesucristo llegó a la región mantense el primero de los Caras, llamado Carán, quien fundó la ciudad de Caráquez en la bahía de su nombre. No hay noticia de donde llegaron los Caras; y unos dudan de su existencia y otros suponen que pertenecían a algunas de las tribus centroamericanas desplazadas por los aztecas. La Historia dice que las gentes que acompañaban a Carán Scry formaban una colectividad muy grande y poderosa; y así, pudieron someter a los mantas, apoderarse de sus ciudades de Xipixapa, Japató, Hocay, Picoasá, Apelope y otras; y avanzar a la conquista del Reino de Quito, lo que consiguieron tras larga y reñida lucha.

Al correr de los siglos y pocos años después del descubrimiento de América, llegaron a Manabí las fuerzas de Don Pedro de Alvarado, procedente de Guatemala. Alvarado fundó la Ciudad del Oro en el asiento de Xipixapa y la villa de Ramadas donde hoy se encuentra Montecristi; y, luego, se internó con dirección a Quito, sufriendo las peores pena-

lidades. Hecho el pacto entre Almagro y Alvarado para que este último con su gente regresara a Guatemala, resolvió Almagro, por orden de Francisco Pizarro, tomar posesión de la costa mantense.

Las huestes enviadas por Almagro no encontraron resistencia de los nativos, al tomar posesión de sus ciudades. El 12 de marzo de 1535, el Capitán Don Francisco Pacheco, acompañado de Francisco de Orellana, Francisco de Olmos y otros valientes oficiales, fundó en solemne ceremonia la ciudad de Villanueva de San Gregorio de Puerto Viejo, la que resolvió fuera sede del gobierno de la región y puerta de entrada al reino de Quito. Francisco de Orellana clavó con sus manos las bases de la primera casa de la nueva ciudad, y en breve tiempo, con el denuedo que ponían los conquistadores en sus obras se levantó allí la mejor urbe de nuestro Litoral.

Villanueva de San Gregorio de Puerto Viejo, a la que en aquella época se le llamaba sólo San Gregorio y ahora Portoviejo, tuvo una historia accidentada, con hechos como el de haber sido el lugar donde por primera vez se rebeló el pueblo, encabezado por Francisco de Olmos, contra la dominación del Virrey Pizarro.

Después de tres días va a celebrar Portoviejo el cuarto centenario de su fundación; y por tan fausta efemérides, Manabí y el Ecuador entero le rendirán el homenaje de su afecto y simpatía. SEMANA GRAFICA se adelanta a enviar sus congratulaciones al pueblo portoviejense; y hace votos por su eterna ventura.

RECUERDOS DEL CARNAVAL DE 1935 EN GUAYAQUIL



Sugestiva foto que nos presenta un momento hermoso de la brillante fiesta realizada en los salones de la Sociedad General de Empleados, en que la encantadora Olguita Rada Icaza, fué proclamada Reina del Carnaval de 1935. En la fotografía aparece Su Majestad rodeada de su Corte de Amor y acompañada por los miembros de la institución que organizaron la fiesta.

¡Carnaval! ¡Alegria de la vida! ¡Bella ilusión del alma! El deseo de aturdirse, de embriagarse, de perderse en el dedalo de la fantasía. Afán del corazón por verter realidad en la farsa y cubrir la mentira con el manto de la verdad. Quimera de amor, belleza y gracia en los giros veloces de la danza, los arrebatos del juego y la inquietud desconcertante del disfraz. Locomora de la razón y sensatez de la demencia, sobre el reino del absurdo, donde impera Su Majestad el Placer. Frivolidad de Colombina, ingenuidad de Pierrot, felino engaño de Arlequín y mezquino interés de Polichinela. La humanidad enmascarada, la vida desnuda y el mundo al revés. Eso ha sido el Carnaval, glorioso y triunfal Carnaval de 1935, artes como ahora y hoy como siempre. Nuestra sociedad, en todas sus clases, ha hecho un derroche de júbilo, de espiritualidad, de humor. I ha sido espléndida, gentil, entusiasta, magnífica. Nadie ha podido substraerse a la racha de exaltación y alegría. A ninguno le ha faltado el filtro de agua, la sonrisa afectuosa, la voz cordial, el halago fugaz. Grandes y chicos, pudientes y pobres, viejos y jóvenes, del sexo masculino, del femenino y del neutro, todos han tenido su minuto dichoso, su visión encantadora, su palabra amable, su llamada venturosa. I, así han pasado los tres días: el domingo risueño, el lunes pintoresco, el martes insensato. ¡Suprema felicidad del alma en fiesta! ¡Carnaval eterno del corazón ilusionado! ¡Infinito goce del vivir!



Típica instantánea del baile con el que celebraron el carnaval los elementos de nuestro obrerismo en los salones del local de la Sociedad de Carpinteros y Anexos. Luciendo originales disfraces, los trabajadores se procuraron unas horas de grato solaz, desarrollando un ameno programa cuyos números destacados fueron la elección de la Señorita Simpatía y la elección del Rey de los Feos.

ULTIMAS PALPITACIONES DE LA CIENCIA

CURA DE LA ANEMIA

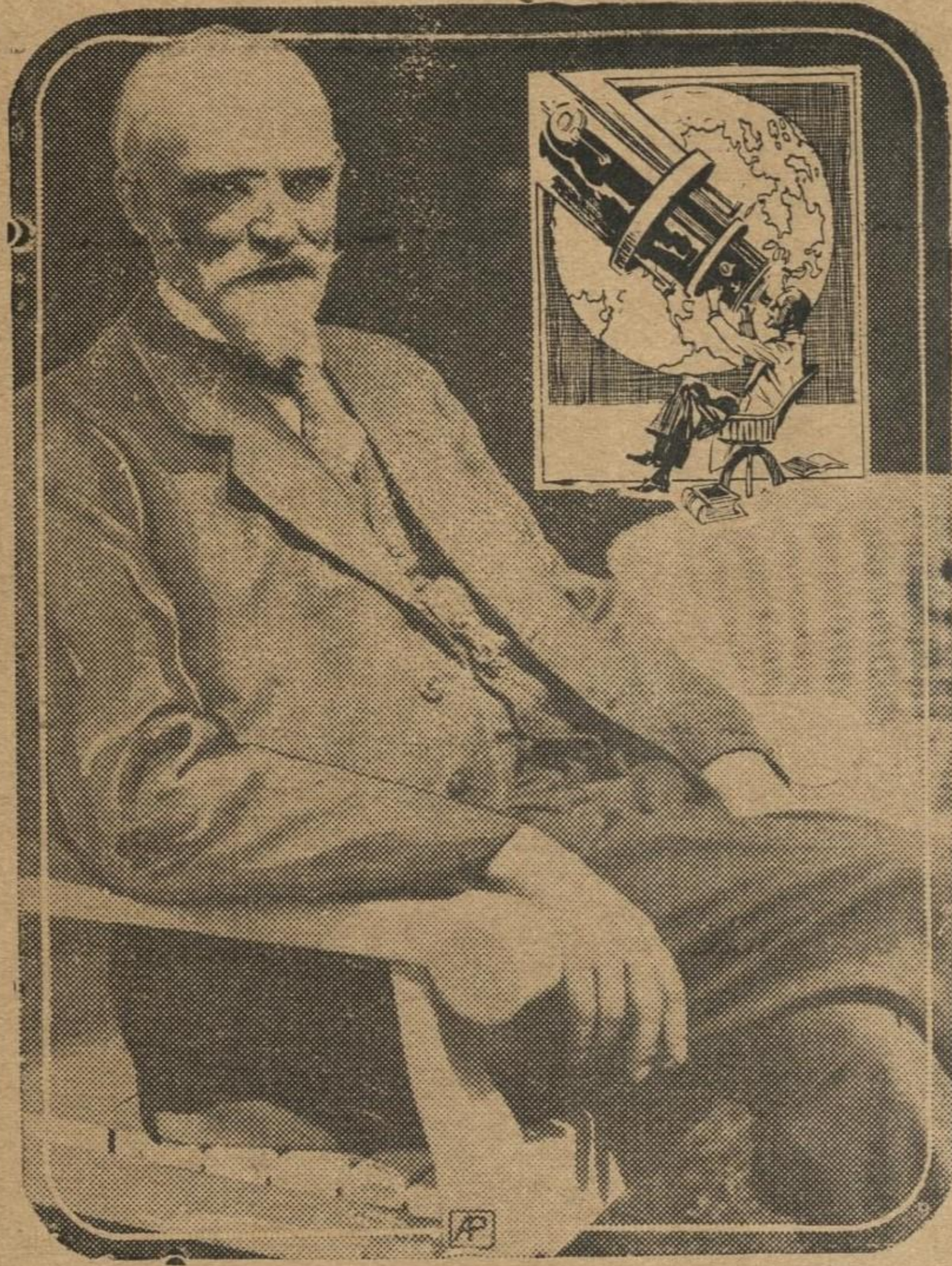
La anemia con su 90 por 100 fatal está vencida. El extirpado de hígado es el remedio. No es por crueldad sino por necesidad que los leones y tigres comen las entrañas de sus víctimas. Tenían razón aquellos viejos médicos que recetaban ácido clorhídrico, limaduras de hierro, sangre de toro y vísceras de cordero.

La Academia de Ciencias de Estocolmo otorgó el Premio Nobel de Medicina, a tres médicos americanos: al doctor Jorge Minot, al doctor William Murphy, de la Universidad de Harvard y al doctor George Whipple, decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Rochester. Estos tres laureados han conseguido su renombre merced a los descubrimientos hechos en el tratamiento de las "anemias". Los dos primeros han trabajado en colaboración en los laboratorios de la famosa escuela de Massachusetts, y el doctor Whipple ha realizado sus investigaciones en forma independiente, aunque desde hace algún tiempo, el gran trio médico ha mantenido una coordinación científica. El mérito de estos tres laureados está en haber encontrado como base terapéutica para tratar las anemias, el extracto de hígado. Esta terrible enfermedad de la sangre, ha sido hasta hace poco, una de las dolencias con la que se luchaba con poco éxito. El promedio de muertos que ocasionaba en los enfermos atacados era de un 90 por ciento. Después de que se puso en práctica el tratamiento del extracto de hígado, las curaciones han alcanzado un éxito tan grande, que se pueden considerar como curados más del 90 por cada 100 enfermos.

La importancia de este descubrimiento se comprende si analizamos el mecanismo de lo que es esta enfermedad. La anemia en general (terrible azote de las mujeres, sobre todo en los trópicos), es debida a tres causas: Pérdida de sangre o hemorragia; destrucción de la sangre dentro del organismo por una enfermedad cualquiera (una infección, un parásito, etc) y por anomalías en la formación de la sangre, ya sea por una digestión mala o por falta de asimilación de los compuestos químicos necesarios para formar la hemoglobina y los glóbulos rojos sanguíneos.

El tercer factor patológico es el que más contribuye a ocasionar esta enfermedad, es decir, que la mayoría de los anémicos sufren de tal dolencia por falta de poder para fabricar hemoglobina o glóbulos rojos. Recordemos ahora que en el hombre existe una renovación diaria de sus glóbulos rojos de un tres por ciento y que el total de estas células en el líquido sanguíneo alcanza a seis millones por cada centímetro cúbico. En esta renovación toman parte varios órganos: el bazo, para destruir los glóbulos y la médula de los huesos para formarlos. En este ciclo diario tiene que existir siempre un balance en el que no domine ni la formación ni la destrucción. Como es lógico, si el proceso de la formación disminuye o la mecánica destructiva aumenta, surge la anemia.

Como punto de partida de estos nuevos trabajos, se observó, desde hace bastantes años, que los anémicos tenían falta de secreción de ácido en los jugos del estómago. (Factor clínico ya legendario, pues los clásicos por algo recetaban el ácido clorhídrico medicinal). En el estudio de este laberinto químico, se ha visto que el jugo normal del estómago deja en libertad el hierro para que la médula de los huesos fabrique la hemoglobina y al mismo tiempo también el estómago aisla durante su trabajo una proteína que sirve para dar vitalidad a la médula ósea, más para construir con fuerza la estructura del glóbulo rojo. En otras palabras, existen dos tipos de



Entre las figuras destacadas de la ciencia es una la del astrónomo holandés Willem de Sitter, quien en su observatorio de Leyden ha hecho valiosos descubrimientos.

anemia: una por falta de hierro, con reducción marcada de la cantidad de hemoglobina, y otra por falta de número de glóbulos rojos. En la primera hay glóbulos en cantidad pero su calidad es deficiente; en la segunda, estos corpúsculos disminuyen y como es lógico también, la cantidad de hemoglobina está astigada. Los tres investigadores agradecidos por el Premio Nobel basaron sus trabajos en dietas que tenían por objeto suplir a la sangre de esos materiales que antes hemos mencionado. Después de varios años de trabajos encontraron que el hígado es el factor en el que se encuentran esos recursos químicos que sirven para fabricar glóbulos y hemoglobina. El doctor Whipple inició sus investigaciones hace diez y seis años. Minot y Murnhy también trabajan desde hace tiempo en los laboratorios de Harvard. Lo más curioso es que Minot es un diabético y al fin de estudiar las dietas apropiadas a su enfermedad, se asoció con Murphy en los trabajos sanguíneos. En este camino fueron paralelos a Whipple. Los de Harvard comenzaron por estudiar una enfermedad llamada "agranulocitosis" o sea falta de número en los corpúsculos blancos de la sangre; en el hígado encontraron una esperanza, sin pensar que otro colega como ellos, también se fijaba en este elemento terapéutico para luchar contra la enfermedad de los glóbulos rojos. Whipple encontró sus primeros éxitos en animales jóvenes zoológicos de los Estados Unidos. Los animales en cautividad morían en forma alarmante y era difícil hacerles llegar a adultos. Se fijó en la dieta y efectivamente sus primeros resultados los encontró en leones y tigres recién nacidos, a los que alimentó con hígado de oveja. Quiere decir que los animales cautivos están faltos de una sustancia, quizá las entrañas de sus víctimas y entre éstas el hígado, que sirve para darles el balance químico normal que tiene la sangre.

Hasta hace poco lo difícil de este tratamiento, ha sido la fabricación de extracto del hígado, por no ser factible en ases comerciales. Grandes cantidades de esta viscera se necesitaban para conseguir dosis relativamente pequeñas, pero hoy el trió médico graduado, ha estilizado sus trabajos y las sustancias químicas que contiene el hígado se encierran en una ampolla y se pueden aplicar en forma de inyecciones. Como consecuencia de lo antedicho, podemos afirmar que la medicina moderna sigue el camino trazado por los clásicos. Cada invento está basado en hechos clínicos que observaron nuestros antepasados. Ahora, por ejemplo, el problema de la anemia ya resuelto, hace recordar a los tratados viejos en los que se recomendaba para esta enfermedad, ácido clorhídrico, limadura de hierro en agua, sangre de toro y vísceras de cordero o de cerdo ligeramente cocidas. Aquellos viejos no sabían química, pero interpretaban en forma genial la clínica.

UN SABIO ENTROMETIDO
NUEVA YORK, Enero de 1935. (Editors Press). — Si no fuera porque descubrió los rayos cósmicos y porque le han dado el Premio Nobel, el Profesor Robert A. Millikan, del Instituto Tecnológico de California, ya habría caído en lastimoso desprestigio. Aún así, está empañando los nombres de su gloria con la manía de hablar de cosas que no entiende, política, sociología, periodismo, teología. Poco después de la huelga general de San Francisco, se incorporó a la oleada fascista que hoy tiene en sus manos el Estado de California, y habló. La prensa fue magnánima con él; apenas dió cuenta de su conferencia. Un crítico incorregible que escribe en Nueva York lo invitó a que volviera a su laboratorio "a investigar cuánto cae por minuto un sabio que se mete a predicador político". En otra oportunidad disertó sobre Dios. Dijo que nuestra época iba a ver al "Dios Científico". Casi se lo comieron los teólogos;

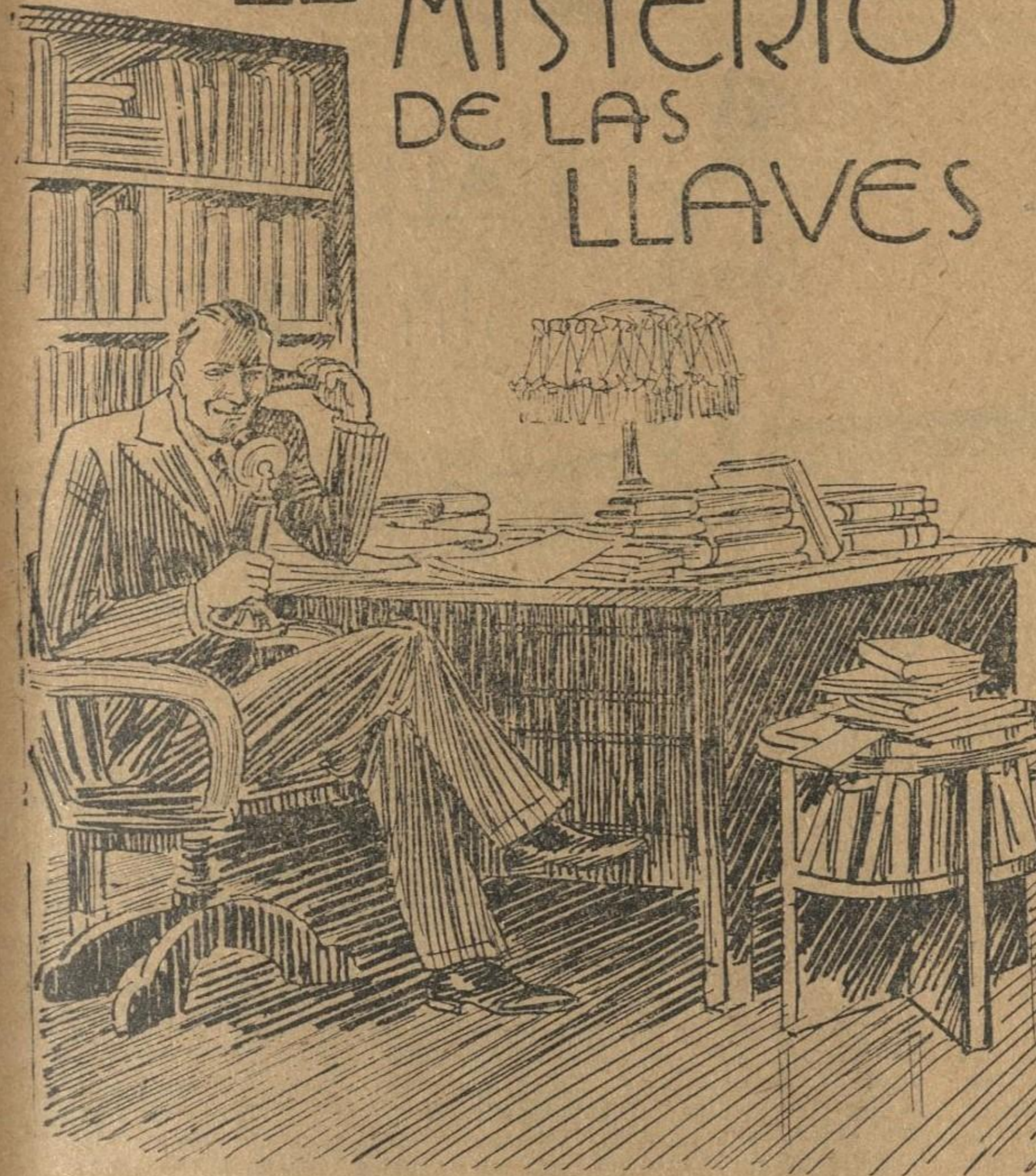
ese Dios, comprobado experimentalmente entre matraces y garrafas en el laboratorio, sería la negación de la idea religiosa que abarca precisamente lo inexplicable, el campo de la fe. Le pidieron que volviera al Tecnológico a investigar. Para qué habría de meterse con Dios cuando tiene sus rayos cósmicos que lo colocan en reverta con medio mundo científico.

Habló en otra ocasión de las excelencias del individualismo; todo debería dejarse a esa magnífica iniciativa particular, que ha producido 12 millones de desocupados en el país. Para qué contar lo que oyó entonces de los diarios y revistas del ala izquierda. En los primeros días del corriente mes de enero, se levantó en la tribuna de la Academia Americana para el Progreso de la Ciencia, en Pittsburgh, y vació sus acumulados enconos contra la prensa. Hablaba de los rayos cósmicos; pero, al parecer, los rayos tienen algo que hacer con esos fluidos, o haces de masas, que nadie sabe todavía lo que son, que llegan a la tierra, y hasta la profundidad de los mares después de haber hecho una serie de fechorías aniquilando átomos y soltando energías mastodónticas en las esferas ultraterrenas. No queriendo atribuir a sus colegas investigadores la responsabilidad por la confusión que existe en el mundo acerca de este problema, Millikan echó el fardo sobre la prensa. Si, señores, "esta situación no ha de mejorar con la existencia de los diarios, que viven bajo la presión de encontrar para sus páginas algo que es nuevo y no algo que es verdad". Me atrevo a predecir que esta época, por su locura por la noticia, sea o no verdadera, será mirada por los hijos de nuestros hijos no sólo con asombro, sino como ridícula. La referencia era clara a los periódicos que se ocupan de relatar novedades científicas entre los cuales se cuentan los más prestigiosos del país. Había herido a todos los escritores sobre la ciencia, que ya forman una poderosa organización. Era, además, manifiestamente injusto. Su propio discurso de explicación de los misteriosos rayos, daba la mejor prueba de que existe un estado caótico de discusión en ese punto.

"The New York Times" creyó llegado el momento de salir por los fueros de la prensa. "La función del diario es, en primer término, informar sobre lo que hacen y dicen los hombres de ciencia. Si se contradicen y existe confusión, los diarios sólo dan cuenta de la confusión; no la crean". Para tratarse de Millikan, del Times y de los rayos cósmicos, era suficiente ironía. "No se puede decir a los diarios, agregó, que se constituyan en jueces de la verdad de las teorías y de los méritos de los descubrimientos, ni se puede esperar que ellos levanten un censo para establecer si los nueve décimos de la ciencia están de acuerdo con él". Millikan había dado a los periodistas esa extraña receta; deberían considerar robada una tesis, y al parecer no discutirla mas ni publicar nada en contrario, si estaba sustentada por nueve de cada diez investigadores en la materia. Es decir, la verdad científica por votación. Con tanto paño que cortar como ofrecía el gran sabio, el editorialista del "Times" no se detuvo allí: "Si los diarios, agregó, publicaran únicamente lo que está científicamente colocado fuera de toda controversia, tendría que conformarse casi con la sola tabla de multiplicar".

Seguimos en la página 22

EL MISTERIO DE LAS LLAVES



POR MAURICIO DEKOBRA

Una salita. A la izquierda, un pequeño escritorio y un diván. Entraron Susana y Dionisia.

SUSANA. — Ven, querida. Dejemos que Roberto fume a solas su cigarrillo. (Antes de sentarse, Susana deposita un manajo de llaves sobre el escritorio) Aquí estaremos más tranquilas. (A la criada, que entra). Deje las tazas así. No estoy para nadie... excepto para el señor Eduardo (Se recuesta en el diván). ¡Qué cansada me siento! ¿Sabes a qué hora me acosté?

DIONISIA. — ¿Y tu marido no te oye hablar por teléfono?

SUSANA. — Sí, pero no entiendo de haberte acostado a las tres...

SUSANA. — Pues... ¡no me acosté! Asómbrate; ¡hemos bailado toda la noche.

DIONISIA. — ¿Aquí?... ¿Y cómo no me invitaste?

SUSANA. — Anoche nos dieron una broma. Regresamos del cine y encontramos el departamento iluminado... Asustados, entramos. ¿Qué vemos?... En el dormitorio, en el lugar de la cama, estaba el billar; el armario de la cocina reemplazaba al tocador.

DIONISIA. — ¡Qué gracioso!

SUSANA. — Sí, muy gracioso... en casa ajena. El comedor estaba vacío. ¿Qué me dices? La broma no era de muy buen gusto. Pero cuando encontramos a nuestros amigos escondidos en el ropero y debajo de la cama, no pude menos de echarme a reír.

DIONISIA. — Eduardo era de la pandilla, seguramente.

SUSANA. — Y el que había organizado el asalto a mi casa. No tengo por qué engañarte, Dionisia. Sabes bien que entre Eduardo y yo...

DIONISIA. — Sí. Me he dado cuenta. ¡Pobre Roberto!

SUSANA. — ¿Qué quieres, mi buena Dionisia?... Roberto prefiere sus manuscritos, su economía política, su derecho romano... ¿Un poquito de cherry-brandy?

DIONISIA. — Bueno... Así que bailaron toda la noche?

SUSANA. — Bailamos y nos divertimos mucho. Eduardo nos presentó algunos juegos de prestigio: digamos, ¡consegua inflar una manzana con la punta de un paraguas! La señora Latrigoule, que estaba un poco alegre, cantó un aria... Mi esposo estaba escandalizado...



DIONISIA. — ¿Roberto no bailaba?

SUSANA. — No; discutía el problema del dumping ruso con el doctor Bigornet...

DIONISIA. — Tú y Eduardo... encantados, por supuesto.

SUSANA. — ¡Imagínate!... Eduardo es la gran pasión de mi vida. Me telefona todos los días, aunque no hayamos visto pocas horas antes. Cuando no me ve, llama quince veces. ¡Es un imprudente!

DIONISIA. — ¿Y tu marido no te oye hablar por teléfono?

SUSANA. — Sí, pero no entiendo de haberte acostado a las tres...

SUSANA. — Pues... ¡no me acosté! Asómbrate; ¡hemos bailado toda la noche.

DIONISIA. — ¿Aquí?... ¿Y cómo no me invitaste?

SUSANA. — Anoche nos dieron una broma. Regresamos del cine y encontramos el departamento iluminado... Asustados, entramos. ¿Qué vemos?... En el dormitorio, en el lugar de la cama, estaba el billar; el armario de la cocina reemplazaba al tocador.

DIONISIA. — ¡Qué gracioso!

SUSANA. — Sí, muy gracioso... en casa ajena. El comedor estaba vacío. ¿Qué me dices? La broma no era de muy buen gusto. Pero cuando encontramos a nuestros amigos escondidos en el ropero y debajo de la cama, no pude menos de echarme a reír.

DIONISIA. — Eduardo era de la pandilla, seguramente.

SUSANA. — Y el que había organizado el asalto a mi casa. No tengo por qué engañarte, Dionisia. Sabes bien que entre Eduardo y yo...

DIONISIA. — Sí. Me he dado cuenta. ¡Pobre Roberto!

SUSANA. — ¿Qué quieres, mi buena Dionisia?... Roberto prefiere sus manuscritos, su economía política, su derecho romano... ¿Un poquito de cherry-brandy?

DIONISIA. — Bueno... Así que bailaron toda la noche?

SUSANA. — Bailamos y nos divertimos mucho. Eduardo nos presentó algunos juegos de prestigio: digamos, ¡consegua inflar una manzana con la punta de un paraguas! La señora Latrigoule, que estaba un poco alegre, cantó un aria... Mi esposo estaba escandalizado...

DIONISIA. — ¿Roberto no bailaba?

SUSANA. — No; discutía el problema del dumping ruso con el doctor Bigornet...

DIONISIA. — Tú y Eduardo... encantados, por supuesto.

SUSANA. — ¡Imagínate!... Eduardo es la gran pasión de mi vida. Me telefona todos los días, aunque no hayamos visto pocas horas antes. Cuando no me ve, llama quince veces. ¡Es un imprudente!

Que trabajes mucho. (Sale).

ROBERTO. — Tendré que escribir un trabajo sobre el vicio del teléfono! (Pone un almohadón sobre el teléfono. Llamas a la puerta). ¡Adelante!

MARIA. — ¡Interrumpo, señor?

ROBERTO. — No. ¿Qué pasa?

MARIA. — Barriendo encontré una llave bajo la mesa del comedor. Y pensé que sería suya.

ROBERTO. — A ver. (Mira la llave). No es mía. Muéstresela a la señora. (Maria sale, Roberto llama) ¡Maria!

MARIA. — ¿Señor?

ROBERTO. — No. Démela. Después me fijaré en el llavero. Vaya. (Maria sale, Roberto mira fijamente la llave) No; no es mía. (Extrae del bolsillo un llavero) No. (Deja la llave sobre el escritorio. Entonces ve el manajo de Susana. Lo mira en silencio. Lo toma y lo examina. Sorprendido, comprueba que una de las llaves de Susana es igual a la encontrada por Maria) ¡Oh! Susana tiene una llave idéntica. (Mira las llaves una a una) Esta es la de la puerta de calle; ésta la del departamento; ésta la del cofre... ¿Y ésta...?

¡Es la llave de otro departamento! ¡Vaya, vaya! (Se incorpora. Da unos pasos. Se arrepiente. Regresa a su sitio). No, ahora no (Guarda en el bolsillo derecho la llave encontrada y en el izquierdo el manajo de Susana).

SUSANA. — (En la puerta) ¡Importunísimo, querido? Dionisia deseaba saludarte.

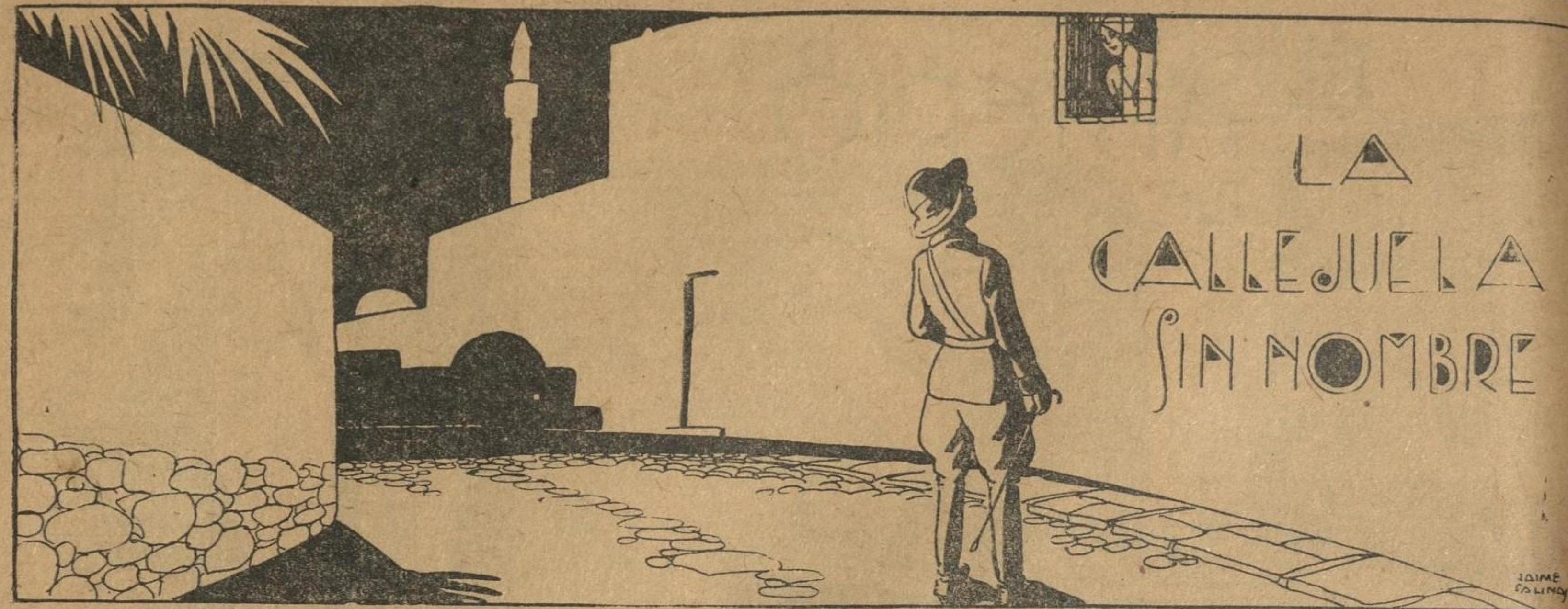
DIONISIA. — ¿Sigue con su tabaco?

ROBERTO. — Sí, señora. Y permítame, entonces, que le ofrezca uno de estos cigarrillos. Son rubios y deliciosos como usted.

DIONISIA. — Muchas gracias. Ahora no... He estado con Susana viendo unas cosas muy lindas que tiene. Me mostró un echarpe. Le pediré a mi marido que me compre una igual...

ROBERTO. — (Con una sonrisa) Compréla usted y dígale a su esposo que hizo una pichincha. Le resultará más cómodo... A propósito: ¿usted es amiga de Jorge?

DIONISIA. — Sí. ¿Por qué? Sigue en la página 22



Por JACQUES CONSTANT

Aquella callejuela bordeada a derecha e izquierda por altas murallas blanqueadas de cal no conducía a lugar alguno; terminaba en otra muralla sin puerta, sin aberturas.

Sylvain Beaufort habíase internado en ella con la esperanza de acortar camino y llegar así sin retardo al barrio árabe que domina Tánger. Contraído al descubrir que la callejuela carecía de salida, lanzó una exclamación. Y en seguida una risa clara y joven que parecía provenir del cielo se burló de él.

Sylvain levantó la cabeza y entonces descubrió, a unos diez metros del suelo, una estrecha ventana con reja desde la cual le espiaban dos hermosos ojos negros. El rostro a que pertenecían aquellos ojos estaba semicubierto por un tul.

—¡Muy bonito!— protestó Sylvain.— Te ríes de mí porque estás lejos. Podrías, al menos, quitarte el velo y mostrar la cara.

Una segunda carcajada. Luego, una mano blanca y delgada dejó caer el velo. Sylvain pudo contemplar entonces el más bello rostro que habían visto sus ojos. Un segundo, apenas. Y la maravillosa aparición se hundió en la sombra.

Sylvain aguardó un instante. Por último, volvió sobre sus pasos y se dirigió al Hotel de Inglaterra. Cenó rodeado de indígenas cuyo físico hacía inadmisiblemente la afirmación pública de que Dios creó el hombre a su imagen y semejanza. Por contraste, pensó en la bella desconocida e intentó reconstruir su cuello blanquísimo, su minúscula boca, su nariz ligeramente aguilena y sus ojos, aquellos enormes ojos de largas pestañas.

Al día siguiente volvió a la callejuela sin nombre. Pero ninguna aparición iluminó la ventana. Sylvain examinó detenidamente el paraje y trató de descubrir la entrada de la casa árabe cuya pared posterior cerraba la callejuela.

Decepcionado, tras larga búsqueda debió renunciar a orientarse en la complicada topografía de aquel dédalo donde las casbahs se apretujaban confusamente.

Varias veces fué a anostarse bajo la ventana de la callejuela sin nombre. Disponíase a olvidarse de la hermosa árabe, cuando una anciana hereber le entregó un billete escrito en francés:

—Esta noche, al pie de la ventana—.

No podía dudarlo: aquel billete procedía de la hermosa desconocida. Acudió a la cita, pero no sin antes cerciorarse de que su revólver estaba cargado. Esperó, inmóvil, una media hora; empezaba a sospechar que aquello era una farsa de la desconocida, pero se tranquilizó al ver que una escala de cuerda descendía lentamente a lo largo de la muralla.

Calculó la resistencia de la escala. Trepó ágil por ella. Una vez en lo alto del muro, divisó un amplio jardín inundado de sombras. La negra silueta de los altos cipreses se destacaba en la claridad del cielo cribado de estrellas; por los penetrantes perfumes que la brisa arrastraba se adivinaba la presencia de naranjos, jazmines y rosas. El monótono canturreo de una fuente ponía su infaltable nota en el paisaje. Sylvain vaciló un minuto. ¿Qué hallaría en aquel jardín sombrío?

El amor a la aventura pudo más que la prudencia. Un rato después, Sylvain estaba junto a un rosal.

—Dos brazos desnudos le ciñe-

ron el cuello. Y una voz juvenil le murmuró al oído:

—¡Oh, extranjero! ¡Qué bueno has sido!... ¡Me siento tan dichosa!

Sylvain no tardó en saber que era huésped de Fátima, la novena esposa de Mohamed Ibn Yarsin, poderoso señor de Tánger. Fátima tenía diecisiete años. Su padre, noble caid, le había enseñado el español y el francés. Mohamed satisfacía sus menores caprichos; pero Fátima se aburría a su lado. Mohamed contaba sesenta años de edad. ¡La primavera no puede convivir con el invierno! Fátima soñaba con un joven caballero de tez fresca y ojos brillantes. Sylvain era el hombre de sus sueños.

Pero la hora avanzaba. Las otras mujeres de Mohamed llamarían a Fátima y saldrían a buscarla. Era peligroso para Sylvain prolongar su visita al jardín embalsamado.

Un último beso. Sylvain partió llevándose la promesa de una nueva cita para el día siguiente. La belleza de la joven marroquí, su ingenuidad, su ternura, el misterio mismo de aquel amor inflamaban el corazón del ingeniero. Se sentía sinceramente

prendado de la joven señora árabe y pensaba que era monstruoso su destino.

Soñó con un rapto bajo el cielo sin luna; con una fuga en la lancha; con un viaje por el Mediterráneo encantado. Todo aquello podía imaginarse fácilmente. ¿Realizarlo? Imposible. Para ello se necesitaba dinero. Sylvain, aunque alto empleado de una compañía inglesa, vivía sin ahorrar y dejaba gran parte de su sueldo en las mesas de poker.

Al día siguiente llegó puntual a la cita. Los naranjos fueron testigos de su gloria. Y así, por varias noches, los dos jóvenes se embriagaron aspirando el perfume de las flores.

Pero una noche la aventura se vio interrumpida trágicamente. Sylvain se hallaba ya en lo alto del muro. Oyó una detonación y, al mismo tiempo, sintió un agudo dolor en el hombro derecho. Rápido, se deslizó por la escala y ganó la callejuela sin nombre. Llegó, como pudo, al hotel. Por la noche tuvo fiebre. Debí guardar cama durante veinte días.

Todavía convaleciente, acudió a la callejuela sin nombre y contempló la ventana donde viera por primera vez a Fátima. Nada tras la reja: sombras.

Por intermedio de sus amigos y de los empleados más conocedores del lugar, trató de averiguar si en casa de Mohamed Ibn Yarsin no había tenido lugar ninguna tragedia. Pero los secretos de un harén no llegan al exterior.

Resuelto a saber la verdad, Sylvain escaló el muro una vez más. Saltó al jardín y se ocultó entre el follaje.

Era de madrugada. La casa despertaba. Sylvain vio a los esclavos, a los aguadores, a los jardineros. Más tarde, las mujeres vinieron a darse sus abluciones en la fuente. Por último, Sylvain vio a Fátima.

La joven marchaba lenta. Una esclava guiaba sus pasos. Cuando llegó junto al árbol que ocultaba a Sylvain, arrancó una rosa y aspiró con fruición su perfume. Luego, sollozó. Volvió el rostro al cielo... y Sylvain, presa de indecible horror, vio que las ensanarentadas órbitas de Fátima estaban vacías.

Mohamed Ibn Yarsin le había arrancado los ojos.

Jacques CONSTANT.

FOTOGRAFIA SANTOS

GENERAL ELIZALDE No. 110.

(altos del Banco Central del Ecuador.)

TELEFONO: Centro 2404

Carlos BAUDELAIRE.

POR QUE ESTOY TRISTE

Especial para SEMANA GRAFICA

Por F. J. FALQUEZ AMPUERO

Por qué estoy triste, tu piedad pregunta, cuando mi extraña palidez trasunta un íntimo perenne torcedor; cuando comprendes que la suerte quiso que fueras para mí el paraíso mirado desde infierno aterrador;

cuando espero que llegues con la aurora, sonrosada, gentil y seductora, bajo mi techo que bendice Dios; y olvidas que, propicio a los amores, en la sombra, con sábana de flores, hay blando lecho en que soñar los dos.

Recuerdo haberte dicho que hasta el polo, por no quedarme exasperado y solo, fuera a buscarte sin cuidar de mí; y a tu lado, rendido vagabundo, sin importarme hielos, nombre y mundo, la estepa amara, porque estás allí.

Eres alma que llora y que no sabe su rumbo hallar, como se aparta el ave, en la noche, del árbol que no ve; y, al través de la oscura estrecha vía, le serviré de protector y guía, entre cardos y sierpes, a tu pie.

La vida y el deseo, de tu labio, cual lo cantara, voluptuoso, el Sabio, brota en chorro de trémulo rumor; ven a mi soto de tupida sombra y, reclinados en la noche alombra, protegeré el misterio nuestro amor.

Como la dulce Elvira del poeta, imagen de la mórbida violeta, te rebelas al trance de morir; y en busca de emociones que el estrago disipen de tu mal, vas hacia el lago con el sagrado impulso de vivir.

Allí, les cuentas a las mansas olas que a tu faz roba el sol sus amapolas en la cuna al besarte antes que yo; y que el ebúrneo vaso de tu boca, en sus espasmos líbricos lo toca el hombre odioso que tu amor ajó.

I te amaré, mujer, como al tesoro el avaro febril, y más que el oro, por tu sabor nativo de alajú; imposible es que esté yo separado del ambiente que brindas a tu lado, nadie es suave y sensible como tú.

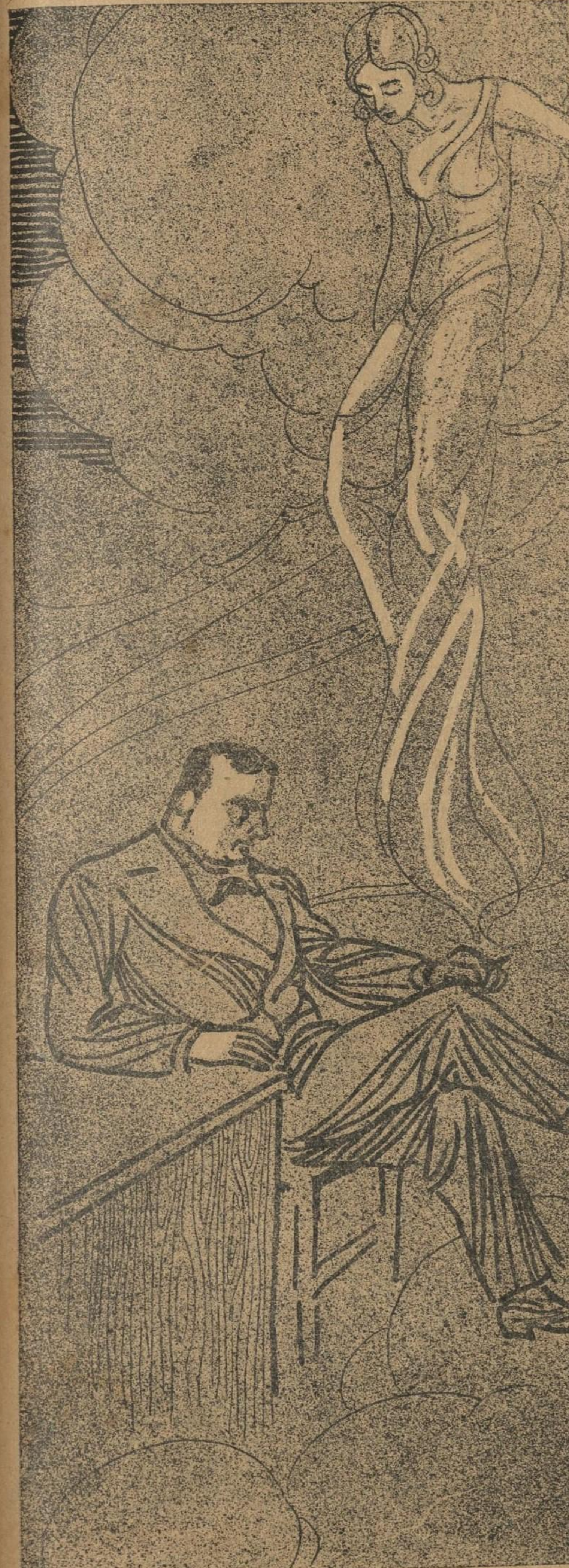
Necesito de ti, como del agua, la luz, el aire y el ardor de fragua que tiene tu mirada en su expresión; la existencia sin ti no la concibo, es porque vives que también yo vivo, en mí siento latir tu corazón.

Iremos en consorcio indisoluble, por sitios donde el céfiro voluble jirones lleva de apenada voz; por la campiña en que las aves duermen y al bullir de la savia brota el germen en el trigo que cortará la hoz.

Paloma de pureza es tu cariño, hay en tu piel sedosidad de arniño y nostalgia de cielo en tu ademan; cuando te alejas ruborosa y triste, el prado de sus galas se desviste y mis ojos detrás de ti se van.

En duro banco, a ponderoso remo atado siempre, con dolor supremo arrojé el leño hastiado de bogar; y sin rumbo fijarle a mi galera, como el que pronto zozobrar espera, me abandono a las cóleras del mar.

F. J. FALQUEZ AMPUERO. Diciembre 31 de 1934.



SEMANA GRAFICA

Invita a todos los literatos de la República a colaborar en sus páginas.

De manera especial solicita el envío de narraciones de sensacional interés, acompañadas de las respectivas fotografías.

LA DIRECCION.

DE LA MUJER, DEL HOGAR Y DE LA MODA

PAGINA DEDICADA A LA ELEGANTE FRIVOLIDAD FEMENINA

EL ULTIMO GRITO DE LA MODA



H103

A la extrema izquierda aparece una túnica de hilo blanco, abotonada al frente desde el cuello hasta el ruedo. Con ella se usa una falda de hilo a cuadros. En el centro se ve un "tailleur" en colores combinados, castaño y blanco, con un cnelito juvenil y un botón. Una boina vasca tejida de color castaño completa el conjunto.

De pie en la silla se ve una admiradora del deporte hípico usando un conjunto con capa hecho de encaje de chifón (color rosado y flores de tafetán color castaño). El sombrero de amplias alas completa el conjunto.

LOS GUANTES MAS QUE NUNCA FORMAN PARTE DEL CONJUNTO

NUEVA YORK, N. Y.— Es razonable pensar en que reinando las telas de algodón durante la moda veraniega, los accesorios, aún incluyendo los guantes, deben ser también de tal tejido. Si usted quiere ver tradiciones absolutamente desestimadas, todo lo que tiene que hacer es visitar el departamento de guantes de un establecimiento elegante. Y le aseguro que recibirá la sorpresa de su vida, porque los guantes han abandonado su legendaria seriedad para convertirse en objetos de alegría. Cada clase de vestido tiene su propia y particular clase de guantes.

EL TUL

El tul se ha convertido en un tejido favorito por su resistencia en el viajar, y lo es más por su alta posición en la nueva moda. Tul de color oscuro es usado para vestidos de uso de día, trajes "Tailleurs" y blusas, en versiones de color entero o estampadas; también las apropiadas telas estampadas más claras y colores al pastel para exigencia de más elegancia durante la tarde y también para trajes de baile para por la noche.

Todo el mundo está de acuerdo en que esta va a ser una esta-

ción veraniega de amplias alas, y bien grandes, en los sombreros. Pero esto no quiere decir que no vaya a haber un número de mujeres elegantes que se decida por diminutos turbantes, siempre tan graciosos y coquetones.

GRAN VARIEDAD

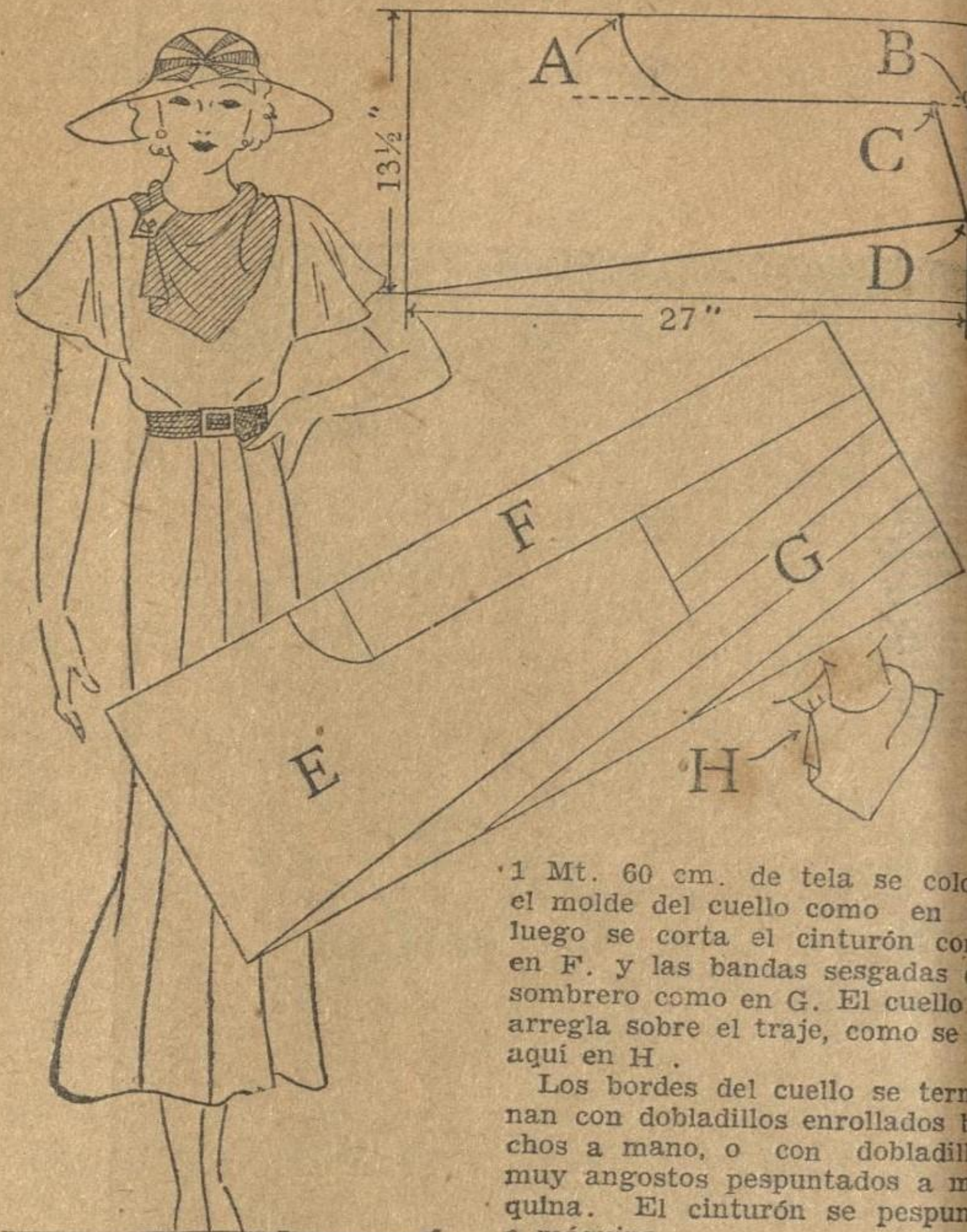
Para uso a la intemperie hay una considerable variedad en lo que se refiere a vestidos y "tailleurs". En una de las recientes carreras de caballos en uno de los aristocráticos hipódromos de Nueva York, se vieron los modelos sencillos y elegantes que aparecen en la ilustración a dos columnas que acompaña a esta crónica.

Permita que la selección de tejidos que usted haga sea la que fuere, pero es bueno tener presente que el sentir actual es por las novedades y por los colores oscuros. Por ejemplo, hay blusas que se están expendiendo en lo que se ha dado en llamar colores "Tailleur", pero esto no quiere decir que el traje sastre haga juego con la blusa.

RECETA

Las manchas que deja el té en los linos muy delicados se hacen desaparecer aplicando sobre ellas un poco de glicerina por espacio de varias horas antes de lavar la prenda con agua y jabón en la forma ordinaria.

TRAJE BLANCO DT SPORT



1 Mt. 60 cm. de tela se coloca el molde del cuello como en E; luego se corta el cinturón como en F, y las bandas sesgadas del sombrero como en G. El cuello se arregla sobre el traje, como se ve aquí en H.

Los bordes del cuello se terminan con dobladillos enrollados hechos a mano, o con dobladillos muy angostos respuntados a máquina. El cinturón se respunta a máquina.

Este gracioso traje de sport puede hacerse de tela blanca de lana, de seda o de algodón. Los sesgos que adornan el sombrero, lo mismo que la bufanda y el cinturón respuntado, son de tela azul turquí. El adorno debe ser de crespón de seda aun siendo el traje de lana o algodón. El corpiño lleva una pequeña abertura a un lado del escote y una travilla de la misma tela del traje, cierra la abertura con un botón de concha. El cinturón lleva una hebilla blanca.

Cualquier molde sencillo sirve para cortar este vestido. Las mangas se hacen de un círculo de 61 cms. cortado por la mitad. Voy a explicar a mis lectoras la manera de hacer un molde para el cuello de bufanda y también el método de cortar el cuello, el cinturón y los adornos del sombrero de 36 cms. de tela de seda de 1 m 60 cms. de ancho. Para hacer el molde del cuello se necesita un pedazo de papel de 65 cms. de ancho y 34 cms. 29 mm. de profundidad. De la esquina superior de la izquierda de este papel se miden hacia adentro 25 cm. 40 mm. y se marca el punto A. De la esquina superior de la derecha se miden hacia abajo 10 cm. 16 mm. y se señala el punto B. Se traza luego una línea recta punteada desde el punto B hacia la izquierda. 5 cm. más adentro de B, sobre esta línea, se señala el punto C. De la esquina inferior de la derecha del papel se miden hacia arriba 10 cm. 16 mm. y se señala el punto D. En seguida se traza una línea recta diagonal desde la esquina inferior de la izquierda del papel hasta el punto D, y de aquí otra diagonal hasta el punto C. El escote del cuello se traza en línea recta sobre la línea punteada y termina con una curva en el punto A, como se indica en el diagrama.

Para cortar el cuello, el cinturón y los adornos del sombrero de

NOTAS DE PARIS



Este es un elegante vestido de noche hecho de hilo color verde. La capta es del mismo material y termina con un cuello elevado.

HUMORISMO GRAFICO

DE PROPIA Y AJENA COSECHA

NUDISMO



—Me gustaría que el mundo entero se dedique al nudismo, para no tener que esperar a mi mujer cuando se viste.

—Pues, no te hagas ilusiones. Un nudista me ha dicho que las mujeres se demoran tanto en arreglarse para salir desnudas como para salir vestidas.

PLAGIO



—A un millonario de New York le han robado la mujer, para cobrarle rescate.

—Hay hombres que tienen suerte en este mundo!

DE LOS TIEMPOS



—Será bueno el limón para que la tez se ponga pálida?

—No, hija. Te basta con agua y jabón.

PRECAUCION



—Me han dicho que tu hijo de 6 años maneja el automóvil.

—En efecto. Es demasiado pequeño para que ande a pie por las calles.

LO QUE NO DA LO MISMO



—Si no le gusta el remedio, tómeseelo haciendo cuenta que es vino.

—Pero, ¿no será lo mismo tomar vino, doctor, y hacer la cuenta de que es el remedio?



POR ROBERTO BODET

(Despacho del director del Teatro Artístico. La puerta ha quedado abierta, detrás del director que acaba de llegar y que en ese momento se quita el sobretodo. Oyese en los corredores, los rumores febriles que preceden al principio de la representación.)

VOZ DEL TRASPUNTE.—Desde afuera). ¡Faltan cinco minutos!

DIRECTOR.—¡Ah!, iba a olvidarme... (Llama por el teléfono interno). ¡Hola!, ¿es usted, Chevrot?... Si; buenas noches... ¿Qué tal? ¿Cómo va la venta?... Y el público... ¿distinguido? ¿Cómo? ¿El príncipe de Villanegra... el embajador?... ¡Magnífico!... ¿Dónde lo ha ubicado? ¿Proscenio número 2? Muy bien... ¿Le había pedido localidades anticipadamente?... ¿No? ¡Ah! ¿Conoce a Liliana? ¡Hola, hola! Al pasar por el escenario, dígame a Bridel que venga a verme en seguida.

(Un instante después; Bridel se presenta.)

BRIDEL.—¿Desea Ud. hablarme señor director?

DIRECTOR.—Si... Escuche, Bridel: ¿No es usted el encargado de las comparsas?

BRIDEL.—Sí, señor.

DIRECTOR.—Parece que sus hombres tienen aspecto de carreteros.

BRIDEL.—¡Oh, qué exageración!...

DIRECTOR.—No hay exageración que valga. Mi amigo no me lo hubiera dicho si no fuera así. En la gran fiesta del tercer acto, usted presenta mujeres mal ataviadas, hombres con pantalones en tirabuzón, con fraques ridículos.

BRIDEL.—¡Ah, caramba! ¡No son trajes de medida! La guardarrropa da lo que tiene.

DIRECTOR.—¡No acepto excusas! ¡Hay que arreglarse! No faltan trajes en la guardarrropa. Pero, naturalmente, hay que tomarse la molestia de probarlos... ¡Bien! Cada comparsa se probará su traje tantas veces como haga falta, pero quiero que todos se presenten en escena irrepugnables. ¿Ha oído usted, Bridel?

BRIDEL.—He oído.

DIRECTOR.—Esto no es una feria de pueblo. Va en ello la reputación del Teatro Artístico, que posee, no lo olvide usted, la clientela más elegante de París. Esta misma noche, por ejemplo, ¿sabe usted a quién tenemos por espectador en la sala?

BRIDEL.—¿A un ministro?

DIRECTOR.—Algo más. ¡A un príncipe! ¡Al embajador de Santa Luz, el príncipe de Villanegra!

BRIDEL.—¡Atiza!

CUESTION DE TIEMPO



—Yo siempre dejo a mi mujer que tenga la última palabra.

—La mía, lo que es, no ha llegado todavía a la última palabra.

OTRA MANERA



—Es que ha progresado tu mujer en el piano?

—No; es que me he acostumbrado.

FRAUDE ELECTORAL



—Está usted acusado de haber votado tres veces.

—Entonces me engañaron porque sólo me pagaron una.

DEMASIADO



—No crees hija que sería tiempo de irle enseñando a nuestro hijo, que me diga papá?

—Todavía no; está muy débil para recibir tal impresión.

SEGURO



—Pero, crees tú que ha existido un hombre que pudiera decir a conciencia:

"Tú eres la primera mujer a quien he amado?"

—Claro que sí, Adán.

TELON.

Roberto BODET

MESA REVUELTA

PASATIEMPOS— ANECDOTAS— CURIOSIDADES— ACERTIJOS— CONOCIMIENTOS UTILES— FANTASIAS— PENSAMIENTOS— NIGROMANCIAS— CANCIONES DE MODA— FRIVOLIDADES.

UNA PRUEBA DE SANGRE QUE HA SIDO VALIDA

Un matrimonio americano, mister y mistress Rinker, entra en una habitación pocas horas después de haber sido fumigada con gases de cianuro. Esto les causó la muerte. Para probar que el cianuro había sido la causa el médico forense escribió unas cuantas palabras con sangre de las víctimas, pues el envenenamiento de cianuro dota a la sangre de una cualidad química imborrable. Este testimonio escrito con sangre imborrable se espera que sea válido.

CAN AMAESTRADO

Se sabe que el amaestrar a los animales es una tarea ingrata y difícil.

Walter Scott, —si no mienten las crónicas— empleó para ello un procedimiento que difícilmente habrá sido repetido.

Habiendo mordido un día al padero su perro favorito, un bull-terrier, el autor de "Ivanhoe" le mordió a su vez para hacerle sentir lo grave de su falta.

El animal comprendió tan bien la lección, que cuando algún extraño visitaba la casa se iba con la cabeza baja a esconderse en un rincón.

UN TEATRO CONVERTIDO EN CARCEL

En la ciudad de Bruck en Estiria, habían construido los socialistas austríacos un teatro para la representación de obras educativas y de propaganda. Pues bien; después de su derrota por las fuerzas de Dollfuss, el teatro ha sido convertido en cárcel para los prisioneros socialistas. Las butacas han desaparecido del patio; en su lugar hay sacos de paja, sobre los cuales se amontonan 400 hombres. En el escenario desnudo de decoración se hallan emplazadas ametralladoras y artilleros prontos a disparar. En el anfiteatro, guardias fascistas del Heimwehr.

UNO QUE PUDO COMPROBAR SU NO-PATERNIDAD

Miss Agnes Clara Bachelor, de Kent, ha sido enviada a la Cárcel por haber atribuido falsamente la paternidad de una criatura a J. J. Smith. Este había ido diecinueve veces a la Cárcel antes de dar asistencia a Miss Bachelor, negando que el hijo fuera suyo. El Tribunal ha sometido al análisis científico la sangre del niño, resultando en efecto, que Smith no era el padre de la criatura.

EL LIBRO MAS PEQUEÑO DEL MUNDO

Tiene un cuarto de pulgada de alto y tres sextos de pulgada de ancho. Ha sido regalado a la Biblioteca Bodleiana de Oxford. Es una traducción en verso inglés del Rubaiyat de Omar Khayyam. El donante es el poeta americano Henry H. Chamberlain.

MARIE BELL NO QUIERE USAR PELUCA

Cada vez que en la Comedia Francesa se representa "El yerno de M. Poirier" una divertida lucha se entabla entre Marie Bell y el viejo actor M. Denis d'Inés. Lucha amistosa, pero enérgica. Este último, en una escena de dicha pieza, tiene que pronunciar una frase elogiosa a propósito del larguísimo cabello de su hija. Marie Bell tiene el pelo corto y no quiere usar peluca. M. d'Inés no quiere cambiar la frase.

Entonces, cada vez que el actor se refiere a la hermosa cabellera, la actriz finge un violento acceso de tos para que el público no oiga las palabras absurdas. M. d'Inés levanta la voz y la tos se vuelve desgarradora.

Si la pieza llega a darse con frecuencia, Marie Bell producirá la impresión de estar representando "La Dama de las Camelias".

LA MANO DEL DESTINO

POR JOSEF RANALD



LEON ROTHIER

LA LINEA DE LA INTENSIDAD DEL PROPOSITO

se descubre de un extremo a otro, a través de la palma de la mano, y denota una personalidad en la que, predominan como factor dominante las humanas cualidades del corazón, toda vez que las líneas del corazón y la cabeza se unen formando una sola, con la línea del corazón controlando. León Rothier, estrella internacionalmente famosa de la Opera, nació en Rheims, Francia el 26 de diciembre de 1874. A la edad de 6 años comenzó a estudiar el violín, para más tarde ser aceptado como un discípulo en el Conservatorio Nacional de Música de París. En 1899 fue merecedor de la medalla de oro del Instituto, suscribiendo al mismo tiempo un contrato con la Opera Cómica. En 1910 pasó a América, para hacer su primera aparición en la Opera Metropolitana como "Mefistófeles" en Fausto, actuando frente a Geraldine Farrer que hacía el papel de "Margarita". Desde entonces es una de las más prestigiadas figuras de la Opera Metropolitana de New York.

NOMBRE FATAL

William Penner, cuenta "The Observer", de Londres, sufrió la fractura de una pierna en un accidente de automóvil ocurrido hace seis semanas en Norwalk, Connecticut. El casual victimario llamábase C. H. Thomas.

Casi restablecido, poco tiempo después, tomaba el fresco en la puerta de su casa, semirrecoastado sobre una silla de lona. De pronto aparece un automóvil en la esquina próxima. El conductor ejecuta una brusca maniobra para no atropellar a un transeúnte. La maniobra precipita al automóvil sobre Penner y le rompe la otra pierna. Intervino inmediatamente la policía, la cual tomó el nombre del chauffeur culpable: se llamaba Thomas también.

ENTERRADO VIVO

Los peregrinos que visitaron recientemente algunos viejos santuarios de la India, narraron a su regreso que en un templo cercano a Bareilly había sido exhumado el cuerpo de un abad centenario, quien fue sepultado vivo de acuerdo con sus propios deseos. Dichos peregrinos añadieron que el abad contaba, cuando consumó su sacrificio, 157 años, habiéndose sometido voluntariamente a ser enterrado vivo porque que estimaba que su tarea en la vida estaba concluida y que prolongar su existencia habría sido inferir un grave ultraje a la Divinidad. "Creí ser fiel— dijo — a uno de los preceptos de mi religión, según la cual prolongar la vida cuando se ha dejado de ser útil no tiene sentido".

MUERTOS A OCHO LIRAS

Se cuenta que el editor italiano Edoardo Perino prefería las novelas de asunto trágico porque tenían más lectores, y había estipulado en un contrato con el escritor Mezzabotta que le pagaría ocho liras más por cada muerto que figurase en la narración. Como es natural, los personajes de dicho autor estaban todos destinados a un fallecimiento prematuro. El editor, que por las dudas revisaba siempre las pruebas de los libros de Mezzabotta, tuvo un día la sorpresa de ver uno de los capítulos, que describía un naufragio con doscientas muertes. Desesperado corrió en busca del descarado escritor y aunque era medianoche fue a gritar a la puerta de su casa hasta que consiguió despertarle.

—Quiero que sepas en seguida que todos esos muertos cuentan por uno!

COCHE-CASA

Cuando uno de sus amigos de Hollywood preguntó recientemente a King Vidor, el director de "Our Daily Bread", dónde vivía, éste no supo qué contestarle.

—No te acuerdas de la dirección?— exclamó sorprendido el amigo.

—Mi dirección es aquel automóvil— replicó el gran realizador, señalando con la mano su coche-casa, en el que vivió durante todo el tiempo que se invirtió en "rodar" la película.

Este albergue, reducido pero ultramoderno, le ahorró el tiempo que de otro modo hubiera perdido yendo y viniendo de Hollywood a la casa en que se ha "cinografiado" la totalidad de los exteriores de "Our Daily Bread".

OBITUARIO AVIATORIO

Cada día la aviación es mas segura. Lo demuestra la siguiente estadística de las víctimas producidas por la aviación en el ejercicio inglés, ya que, como se verá, el porcentaje de muertos no aumenta en proporción al mayor incremento que ha adquirido la aviación en los últimos años. En 1924 hubo 72 muertos; en 1925, 51; en 1926, 76; en 1930, 65; en 1931, 23; y, de 1932 a 1934, 20.

EL CARRERITO

(CHICHE, MORO, ZAINO)
Letra de VACCAREZZA
Música de Raúl de los Hoyos.
EXITO DE JOSE VALLEJO
Chiche, Moro, Zaino!
Vamos pingo, por favor,
que pa subir el repecho
no falta más que un tirón.
Zaino, Chiche, Moro!
la barranca ya pasó
y por verla tengo apuro
de llegar al corralón.

Y castigando muy suavemente sobre las ancas del cadenero todas las tardes pasa el carrero peón de la tropa "El Picafior". Ya de compadre masticando un (pucho) y un clavellito del color del ceibo lleva en la cinta de su chambergo como regalo de un corazón.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Las mejores obras maestras no tienen historia. El Cordero Mistico, de Van Dick recibía numerosos visitantes; pero no se hablaba mucho de él. Hoy, a causa de haber sido robado, el Cordero Mistico tiene una vasta fama y todos los diarios reproducen el "pan-neat" de los Jueces Integros cuya existencia no era muy conocida del gran público hasta ayer. Lo que hacía decir, estos últimos días, a Mauricio Maeterlinck: —En definitiva, para las grandes obras de arte la mejor publicidad es el robo.

TURISMO EN IMBABURA

Especial para SEMANA GRAFICA

Por Francisco E. RODRIGUEZ G.

Cuando esta crónica pase a manos de los lectores de SEMANA GRAFICA, habré traspasado ya el límite de las tierras bajas de mi patria para dirigirme, en la peregrinación amorosa de cada año hacia la siempre riente tierra de Imbabura, que cada día la adoro más por la hermosura infinita de sus lagos y por los visibles pasos que va dando en su camino hacia la plenitud, como tierra de turismo y de vacaciones. Nada pesa en mí: ni los 600 kilómetros de recorrido que hay que hacer, ni lo corto del descanso que me puedo lograr, ni los inconvenientes del viaje, debido a la invernal estación. Cada día gusto más de lo que es mi terruño y seguro estoy que si fuera a vivir en cualquier hermosa comarca del globo, añoraría siempre lo que para mí es el mejor conjunto de bellezas naturales y alegría de ambiente.

Hace doce años que repito la peregrinación y siempre encuentro novedad. Hace diez que predije que las corrientes migratorias y la civilización hermosa-ria cada vez más aquello. El tiempo se ha encargado de justificar mi aserto. Tres progresos evidentes me han instigado a la presente crónica. La intensificación de las corrientes de turismo, los progresos que al gran lago San Pablo ha puesto un guayaquileño de dinamismo y actividad que se apellida Avellaneda y que está haciendo amplia gestión de beneficio nacional y la aclimatación de la trucha arco Iris, en forma definitiva en el mismo gran lago y todos los ríos del cantón. Mi interés, al escribir lo presente, es el de que quienes me lean vayan convencidos de lo absolutamente grato que les sería darse unas vacaciones por esos aparentemente apartados rincones del Ande en donde la vida y el cielo son eternamente azules y buenos. No es egoísta querer de que se beneficie mi provincia querida, es el deseo de dar horas mejores a quienes atiendan mis insinuaciones. Para saber lo que es la belleza profunda, de naturaleza eterna, hay que ir hasta allá.

En 1925, hace diez años, en la revista "Ecuador Ilustrado" pronosticaba ya, sin que hubiera llegado el ferrocarril, lo que sería el porvenir, en el turismo de ese sector ecuatoriano. Copiaré lo de entonces: "La civilización distenderá sus fibras, noble jirón del suelo mio, cuando el humo de las locomotoras se fusione al humo de tus grandes fábricas, empotradas milagrosamente, como transportadas por gnomos, desde hace media centuria! ¡Entonces el turismo te robará los restos de virginidad incaica que hoy posees! Y seguirás grande: Oh tierra de Imbabura! Y serás emporio de peregrinaciones ansiosas de luz y de belleza! ¡Y se quitará la dormida quietud de tus ríos, de tus frondas, de tus lagos, de tus riscos, de tus cielos...! Y te destrozará tus soledades..."

Y efectivamente el golpe de la civilización va llegando. Primero el tren. Desde la ciudad capital, desde todos los demás populosos lugares, ha ido llevando, hace varios años, corrientes de turismo a la ubérrima tierra y le ha dejado el aliento de la civilización aun cuando sea a cambio de la patina incaica. Luego el trazo de la gran carretera Internacional, que bordea el lago y se despeña por los cerros, culebreante y moderna. Mayores los ecos de lo novedoso del mundo. Actualmente hay trenes y vehículos de toda clase que conducen, a fin de semana, numerosos visitantes a la provincia. Eso, desde 1930 para adelante.

Y llegó Avellaneda. Hombre de acción y valentía. Había compro-



A la provincia de Imbabura debió dársele el nombre de "Provincia de los Lagos", por la cantidad y calidad de ellos. El lago de San Pablo es el más hermoso; y también son bellísimos los de Mojanés, uno de los cuales copia imperfectamente, en su dulce y silente tristeza, la presente fotografía.

bado la emocionante forma cómo reconocian las bellezas de Imbabura todos los turistas que por ella pasaban; había sentido él mismo la deleitación de los demás y había también comprobado la inaplazable necesidad de proveer a los visitantes del Lago San Pablo del confort y buenas atenciones que eran necesarias para hacer grata totalmente la visita. Y se instaló allí, desde hace un año. Primero un muelle, luego unos botes, a motor, a remo y a vela; después el salón para bañeros, los reservados para los almuerzos campesinos. Finalmente la gran idea. Rodear el lago de una carretera que pudiera servir para la organización de grandes carreras de carácter nacional y si es posible internacional. En eso se encuentra. Tiene apoyo; tiene carácter, tiene fe en el triunfo, que será el triunfo indiscutible del turismo. Yachting, remo, automovilismo. Todo fomentado por un guayaquileño que se ha encariñado con esa tierra en donde se sabe querer y apoyar.

Finalmente, la pesca de la trucha "Arco Iris". Otro hombre de carácter: Jorge Ubidia Betancourt, que debió ser un inválido ineficaz y que es uno de los valores positivos del país, ha logrado aclimatar el sabrosísimo pescadito, primero en los ríos, luego en las pisciculturas y ahora, hace poco, en los lagos. Es un singular suceso que debe alegrar a todos los ecuatorianos porque la trucha es uno de los más regios pescados que puede ponerse en una buena mesa. Aprovecharé para decir algo de este último poco difundido suceso. Hace cuatro años,

de esa pesca. El experto ha solicitado inmediatamente que sea protegido ese alimento de las voraces truchas. Necesitan vivir a costa de los otros peces y crecer para multiplicarse, en beneficio futuro de los habitantes del Ecuador y sobre todo de los turistas. Mientras se reglamenta definitivamente en todo el Ecuador la piscicultura, ha conseguido una ordenanza municipal en Otavalo para proteger las truchas y los carassanes.

Las truchas aclimatadas aquí en nuestros Andes tienen un desarrollo infinitamente superior al que obtienen las mismas en los Estados Unidos de Norte América y en Europa. Han llegado a verse en ríos cercanos a Otavalo truchas de 40 o más centímetros. Y eso que solo tienen 3 años de edad.

La libertad absoluta en que se encuentran y la gran calidad del lago, hará que las truchas que viven ya en él lleguen a ser de mayor peso y tamaño. Las que se encuentran cautivas en las pisciculturas de Punaru y Cotopaxi tienen, en 14 meses un tamaño de 12 centímetros y ellas serán destinadas a producir mayor cantidad de truchas para poblar si es posible todos los ríos y lagos del Ecuador en donde puedan aclimatarse.

Al hablar de la aclimatación de la trucha—debemos hacer saber también que los experimentos de piscicultura de Ubidia son pedidos de todos los más apartados rincones, en el afán que tienen los ecuatorianos de poseer cerca ese famoso bocado de cardenal. El diario a que me referí antes, después de escuchar lo referente a las truchas de San Pablo, que vendría a ser el más atrayente de los motivos de pesca para los muchos apasionados, en especial extranjeros, completa su información con lo siguiente: "Hechos muy halagadores y elocuentes son éstos del notable incremento que van tomando los trabajos de Piscicultura en el Ecuador.

Larga es, en la actualidad la lista de las personas distinguidas que han ido a Imbabura, pero especialmente al lago a verlo, a beber en su hermosura el canto sublime de la belleza, a gozar, como en ninguna otra parte de tanta conjunción de primores y declarar, sin egoísmos, que si la mano del hombre, la civilización, el confort, hicieran lo que han hecho en Suiza, por ejemplo, eso que está poblado de montes inmensos y seculares, de cascadas blancas y cantarinas, de cielo azul, de lagos múltiples y de variada personalidad, sería, sin disputa lo mejor del mundo. Eso satisface a todo ecuatoriano y más a mí que soy de ella y que cada año voy a deleitarme en el rezo místico que dedico al lago y a su incomparable belleza.

Cuanto más que, para llegar a donde hoy he reclamado, hay que pasar primero: por el atrevimiento de la línea del Ferrocarril del Sur, que tiene titanismo y belleza; por la majestad inmensa, inigualable del coloso Chimborazo; por la sonrisa de las vegas ambateñas; por la rojiza claridad nocturna del Tungurahua, dios del fuego y de su provincia; por la rara soberanía del cónico Cotopaxi, al que, según gráfica expresión no se le puede conocer bien porque siempre está cubierto de nieve; por la singular belleza de Quito, Luz de América, encerrado de tesoros incaicos, medioevales y modernos; por cien bellezas más que expanden el alma y le dejan feliz, tan feliz como cuando se contempla la exuberancia del trópico que viene a ser con relación a la tierra alta, como dos hermanas de hermosura inconfundibles y grandiosas.



LA HUELGA DE LAS CHIMENEAS

POR ALBERTO HIDALGO

Los trenes de la noche eran los que lo desembarcaban. Algún prestidigitador le escamoteaba las distancias, lo acomodaba las estaciones del tránsito, a fin de que pudiera entrar pasadas las 20 en las capitales? ¡Misterio! El hecho exacto es eso. Nunca llegó a una ciudad bajo el auspicio solar. Bajaba de un salto los estrados, más bien de un vuelo, pues sus movimientos estaban contagiados de pájaros. Se metía una de las maletas bajo el brazo con hábito de avaro, hacía que la otra se le colgara de los dedos cual un hijo, y ganaba la calle. La calle, dentro de la noche, no era una calle para él. La techa con la oscuridad, y el viento, fresco o frío según lo ejerzan las estaciones, taponaba sus esquinas dándole con tal encierro autoridad de casa. De allí que la calle esgrima en el día personalidad de trayecto, mientras en la noche es una meta, una llegada. En el día se va por la calle; en la noche se va a la calle.

Paladeador de sus secretos, Equis Etcétera entraba en la calle como en su casa. Solamente cuando arribaba a ciudades desconocidas, se sentía medio perplejo. Giraba la cabeza a derecha e izquierda y alzaba la vista buscando la respuesta de las ventanas, mas la mirada de éstas era ciega a esas horas. Apenas un instante duraba aquello, pues Etcétera advertía crecerle de pronto un ardor dentro del cuerpo, una especie de celo sexual, que le hacía imaginar a la calle virgen dispuesta a entregarse al viajero. Entonces avanzaba a trancos por la vereda, palpando las redondeces de la urbe, en tanto las manos frías del aire trasnochador le acariciaban las mejillas. La calle repetida era su mujer, pero la calle nueva era su querida. Y Equis tomaba posesión de su presa en tiempo de aventura y con unción de goce.

La calle es una ternura fácil. Da sus insomnios a cualquiera sin pedir óbolo ni sonrisa. Pero cuando se resiste, cuando niega su encanto, nadie la logra. Es feroz, inexpugnable, y aquel que sufre su rechazo no vuelve a pasar por ella, o si se atreve lo paga caro. Esas calles tortuosas o rectas pero inseguras al efecto, por donde una noche se fué y se sintió el repulso súbito de su ambiente, esas calles son vengativas y no se debe insistir en su conquista, porque son las que causan las pulmonías o entregan los su-

jetos a la voracidad de las fiebres mortales. A Equis jamás ninguna le dijo no. Al revés, parecían estarle amando antes de tenerle. Lo esperaban en el hueco de toda hora, acuñando el aire para darle suavidad de recibo. Equis casi no pisaba el suelo, de tan tierno que era su paso. Para no dolerles a las piedras había supuesto ese ritmo ligero de ave fugaz, de modo que su cabeza, movida de abajo a arriba, simulaba un péndulo vertical. Las que lo conocían, por conocerlo, y las otras, por presentirlo, todas lo amaban. Poseían la llave de su almarío, y lo abrían para entrar en su sueño. El no se cansaba caminándolas, porque ellas le conocían hacia sus propósitos, es decir hacia esas calles quietas y oscuras de los recodos urbanos, olvidadas en los programas policiales. Allí Equis trepaba los muros y se subía a las azoteas para revisar a sus huéspedes.

Pues Equis era general de innominados ejércitos. Cuando la noche bajaba sobre las casas, encima de ellas había un temblor que las recorría en todas direcciones. Algo empezaba en un punto y pasaba a otro, y seguía y seguía, a la manera de esos regueros de pólvora a los cuales se les pone fuego para encender a lo lejos el cohete riesgoso. Ese escalofrío era la voz de en guardia, el santo y seña de los soldados ante la inminencia de la acción. Uno, dos, tres, cuatro, cuatro minutos sólo y los batallones estaban listos. ¡Eran las chimeneas de las fábricas, alzadas al conjuro del jefe, ante el candor boquiabierto de la luna!

Equis Etcétera había descubierto el alma de las chimeneas. No eran únicamente de hierro, cemento o ladrillo, sino que tenían un espíritu inmenso, virado en clamor de combate hacia el plafón del mundo. Toda chimenea es una protesta. Mientras allá en el fondo de la usina, el obrero construye el lujo del rico con su dolor miserable, mientras su cerebro se embrutece con el calor de los hornos y su estómago traga sin digerirlas las interjecciones ásperas del patrón, algo hay que lucha por él, algo dice a los vientos su amargura de esclavo moderno. Es la chimenea, cuyo humo ondea en actitud de fórmula, porque el humo y nada más que el humo es la bandera de los trabajadores.

¡Chimeneas, condecoraciones de las mañanas! En las horas de la madrugada en que el tiempo está aún crudo, en que la luz desciende con timidez hacia las cosas, ellas ya están señalando a los astros la angustia de los pobres. Lucen sobre los techos como las medallas en los tórax de los militares y los civiles de honor artificial. Son el resultado de la desigualdad humana, la ecuación del sufrimiento, es decir el lenguaje de la discordia sin término. Allí donde hay una chimenea, hay una explotación innoble, porque toda fábrica es una deslealtad, una ignominia sistematizada, es la base de carne viva sobre la cual se yergue, gorda la impudicia y cinismo, la estatua de una fortuna.

Las chimeneas recuerdan su historia y conocen su misión. Es preciso mirarlas con ojo avizor para saberlas. Algunas de ellas, muchas veces, en las horas de la canícula violenta, cuando abajo es más duro el padecer y más quejosa la labor, no puede dominar sus sentimientos y su humo arenga al cielo con ademán pedidor de justicia. Quien no haya visto accionar las manos del humo, no podrá escuchar nunca el

discurso de las fábricas, su expresión conminatoria de equidad. Hay chimeneas displicentes. Son las que conocen el valor real de las cosas y están seguras de su fugacidad. En tanto la vida hierbe en las calles, el tránsito agita las conciencias y el lujo se extiende por las avenidas en hemorragia de automóviles, estallido de joyas y espasmo de pieles, ellas, suavemente, treparán el espacio con las volutas de sus humaredas. Es que, aguardando la hora de arreglar las cuentas — ansiado y auténtico día de Juicio Final —, las fábricas, las pobres fábricas se fuman filosóficamente sus cigarrillos, sus cigarrillos terribles.

¡Chimeneas, torres de las basilicas del trabajo! En sus gargantas de treinta metros forman collares, pájaros y gritos. En ellas pone el sol todos sus crepúsculos y las viste del oro lento de su despedida. Les tienen celos los minaretes de las iglesias, porque las palomas ya no se alimentan con sus repiques, sino prefieren el hollín subido en las cuatro sílabas de la palabra elevación. Campanarios, si, campanarios que llamarán de repente a las gentes para otras misas. Barco de las mañanas y las tardes, cuando suena el pito de las chimeneas, parece que la fábrica va a partir. ¡Y ha de partir!

Equis, el general de las chimeneas, iba de ciudad en ciudad reconociendo sus tropas y aleccionándolas. Su vida estaba para ello, como la recta está para seguirla. Dormía en cuartos de hoteles en el día y se prendía de los primeros crespones de la noche para remontar los techos. Acá, allí, en todas partes registraba voluntades de triunfo. Su silencio, erigido oración, imprecaba al barro, al cemento, al ladrillo. El movimiento vertiginoso de sus brazos hacía volar llamados hacia los puntos cardinales. Y las chimeneas de todas las ciudades respondieron un día que estaban prontas.

Y Equis dijo lo que tenía que decir. La voz le salió del pecho con un frescor de canto. Estaba la luna. El aire comenzó a enfriarse. Manadas de viento bajaron las montañas y se metieron aullando en las aldehuelas atónitas. Pero como las gentes se hallaban durmiente, nadie lo supo. Las palabras de Etcétera emprendieron la marcha hacia los países distantes para repetir la orden. De pronto una brisa de súplica soplabla los minutos, pero los relojes instantáneamente se pararon. De las chimeneas brotó un humo negro, espeso. Luego, se doblaron sobre su base. Y todas las fábricas de todos los pueblos tuvieron que detener su actividad. Las chimeneas se habían declarado en huelga. Nadie sabía cómo. Su General Equis Etcétera, en una gran carcajada, celebraba el triunfo.

MUERO SIN TÍ

Muero, muero sin tí; sin ver tus ojos esos ojos divinos que copiaron mi amor y mis antojos y mis dulces delirios.

Muero sin estrecharte entre mis brazos, sin besarte otra vez; está mi corazón hecho pedazos, hondo es mi padecer:

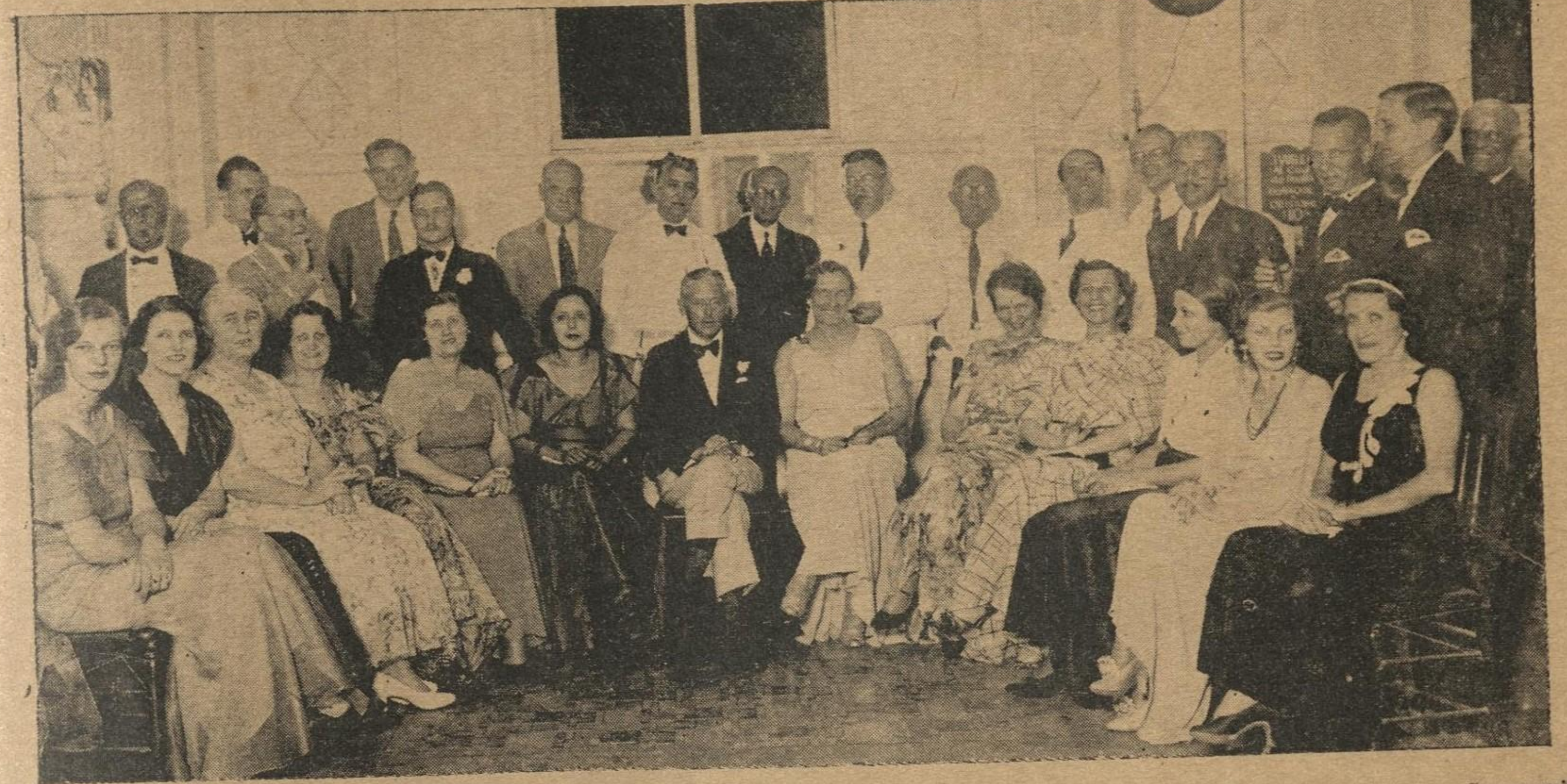
Ya no veré tus manos adoradas acariciar mis trenzas, ni veré tus pupilas adoradas,

ni tu sonrisa bella; la muerte nos separa hijo del alma, pero seré tu estrella.

Matilde CAMACHO PEDROZA.

Alberto HIDALGO.

NOTAS SOCIALES



Un agasajo de trascendencia social fue el banquete de despedida que la colonia norteamericana residente en Guayaquil le ofreció en los elegantes salones del Hotel Astoria al ex-Ministro de Estados Unidos en el Ecuador, Sr. William Dawson, poco antes de embarcarse en el vapor SANTA CLARA, con rumbo a su patria.

EN QUITO

SEMANA GRAFICA
Guayaquil.

El Carnaval estuvo reñidísimo este año. Se ha jugado con locura, a despecho de la prohibición policial. Ha sido tal el furor que nos parecía haber vuelto a los tradicionales tiempos cuando las barridas de San Roque y la Chilena recorrían las calles disputándose la supremacía del juego.

Grupos de entusiastas muchachos recorrían las calles gritando desesperadamente ¡Agua! ¡Agua! Muy simpático estuvo el desfile de los carnavalesos y hacían bien en divertirse; porque cuando hay humor es necesario divertirse. Lo que se ha juzgado de mal gusto es el haber sacado la bandera para hacerla presidir la fiesta. En muchos hogares se desarrollaron animosos bailes, matizados con las carnavalescas escenas.

Aprovechando la fiesta de carnaval, el señor Presidente de la República fue a la ciudad de Ambato, en compañía de la familia Ponce-Luque.

Regresó a Guayaquil el señor Capitán don Colón Eloy Alfaro, a fin de embarcarse en el vapor SANTA ELISA rumbo a Washington D. C., siguiendo después para Bogotá, donde presentará sus credenciales como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador ante la Cancillería de San Carlos.

Partieron de regreso a Guayaquil, el señor Joseph Haas representante de la Tobacco Trading Corporation de Richmond, Virginia quien ha permanecido dos días en esta ciudad en cuestiones relacionadas con la exportación del tabaco ecuatoriano a los Estados Unidos, y el señor don Carlos Rivadeneira Escobar, jefe de de la Sección Tabaco de la Gerencia de Alcoholes del Guayas.

Fueron agasajadas, en el Hotel Savoy, por un grupo de profesores de esta Capital, las distinguidas profesoras guayaquileñas, señoritas Emma Esperanza Ortiz Azucena Merchán y Luisa Ortiz B., que se encuentran en Quito en goce de vacaciones. En

tre los presentes, anotamos las siguientes personas: señores Oscar Efrén Reyes, Subsecretario de Educación, Luis F. Torres, Director de Educación Común, Emilio Uzcátegui, Senador Funcional por la Institución, Reinaldo Espinosa, Director del Normal "Juan Montalvo" Carlos Romo, Humberto Mata, María de Muller, Francisco Terán, y Gonzalo González. En términos apropiados ofreció la manifestación — que tenía un sentido de cordialidad y compañerismo — el señor Luis F. Torres, y agradeció, en forma muy galana, la señorita Emma Ortiz.

Se verificó el matrimonio civil del comerciante alemán señor Heinrich Karl Schulte con la señorita Fanny Rosario Serrano.

Fueron testigos del acto los señores Alfredo Demlow, Fritz Roesler, doctor Antonio José Monge, por parte de ambos contratantes.

Procedente de Washington llegó el señor Antonio González nuevo Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos de América ante nuestro Gobierno.

En los sectores bancarios y de un modo general se ha recibido con beneplácito manifiesto la noticia de haber sido elegido el doctor Alberto Larrea Chiriboga, Director del Banco Central en representación del Consejo de Estado para Presidente de la Institución, en reunión del Directorio. Estímase que su reelección a la Presidencia de la primera organización bancaria del Ecuador es a todas luces acertada.

El señor Presidente de la República ofreció en su residencia un almuerzo al Excmo. señor Ministro, Capitán Colón Eloy Alfaro, al que asistieron los Ministros de Estado y varias personas invitadas a este agasajo.

Con motivo del pase del señor Humberto Mata, del cargo de Jefe de la Sección General del Ministerio de Educación que venía desempeñando al de Secretario-Profesor del Gimnasio "24 de Mayo", sus colegas empleados del mentado Departamento ofreci-

ronle un agasajo de despedida consistente en un paseo al vecino pueblo de Tumbaco.

La numerosa comitiva salió en automóvil para el lugar de cita y luego de tomar un refrescante baño fue servido con un almuerzo campestre. Las señoritas y señores Profesores así de Esmeraldas como de Imbabura que se encuentran practicando en la Escuela Experimental de aquella parroquia, prestaron atenciones gentiles a los visitantes.

Durante todo el tiempo reinó la más estrecha amistad y cordial camaradería que fueron las notas salientes de este simpático homenaje.

El hogar de los esposos Marun Chediack y señora Laura Rivadeneira Escobar de Chediack ha sido alegrado con el advenimiento de un robusto niño.

La Cancillería ha pedido al Consejo de Estado la autorización para designar al señor don Manuel Sotomayor y Luna, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador ante los Gobiernos de la Argentina y Bolivia.

Con motivo de la reelección para el cargo de Presidente del Banco Central del Ecuador del señor doctor Alberto Larrea Chiriboga, los empleados del Banco le ofrecieron una copa de champagne en el Club Pichincha.

Para inaugurar la elegante "Mansión Smart", la señora doña Angelina de Aguirre, ofreció un cocktail party a un distinguido grupo de sus amistades.

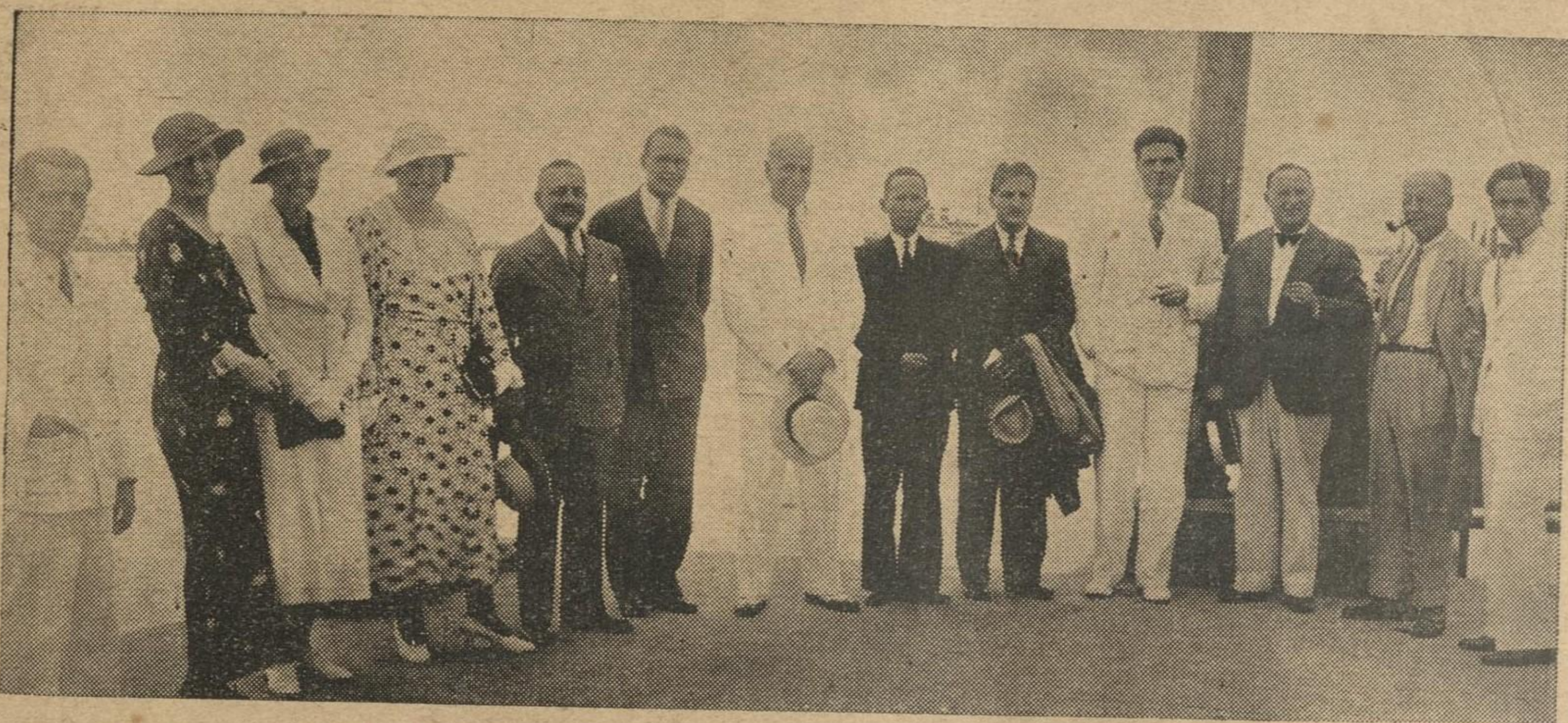
Un bien surtido y exquisito buffet, fue servido en los salones de la Mansión y al cual hicieron los correspondientes honores los convidados, quienes, a los acordes de la Orquesta Jácome bailaron animadamente, hasta altas horas de la noche, retirándose luego, sumamente complacidos y licadas atenciones de la dueña de la casa quien, bajo, los mejores auspicios, ha estrenado su elegante y confortable Mansión.

Entre otros concurrentes pudimos anotar a los siguientes: Excmos. señores Ministros de

la República Argentina don Atilio Daniel Barilari y su esposa doña Zulema Jofré de Barilari, de Italia, don Hugo Caffiero y su esposa doña María Luisa de Caffiero; de Chile, don Federico Agacio Batres; Encargado de Negocios del Perú don Germán Aramburú Lecaros; don Rodrigo Arrarte y su esposa doña María Elvira Granda de Arrarte; don Ricardo Arrarte y su esposa doña Lucy Granda de Arrarte; don Carlos Mercado y su esposa doña María Mercedes Cordovez de Mercado; don Eduardo Zaldumbide y su esposa doña Margot de Sota de Zaldumbide; don Andrés Franco Echandia y su esposa doña María Inés Roca de Franco; doctor don Antonio Bastidas y su esposa doña Sara Monge de Bastidas; doctor don Antonio Quevedo y su esposa doña María Luisa García de Quevedo; don Enrique Sánchez y su esposa doña Magdalena Serrano de Sánchez; don Jorge Huerta y su esposa doña María Teresa León de Huerta; don Enrique Huerta y su esposa doña Blanca Noboa de Huerta; don Francisco Coronel y su esposa doña Carmela C. de Coronel; don Harry Reed y su esposa doña Germana Borja de Reed; don Juan de Elizalde y su esposa doña Clemencia Cordovez de Elizalde; don Benjamín Chiriboga y su esposa doña María Sara Vásconez de Chiriboga; don Pierre Dennis y su esposa doña María Zaldumbide de Dennis; doctor don Catón Cárdenas y su esposa doña Josefina Monge de Cárdenas; doctor don José Rafael Bustamante y su esposa doña Hipatia Cárdenas de Bustamante; don Carlos Manuel Larrea y su esposa doña Lolita Holguín de Larrea; don Luis Antonio Peñaherrera y su esposa doña Argenta de Peñaherrera; doctor don Luis Barberis y su esposa doña María Fernández de Barberis; doctor don Vicente Santistevan Elizalde y su esposa doña Susana Arosemena de Santistevan; don Alfredo Zaldumbide y su esposa doña Mariana Borja de Zaldumbide; don Fabián Zaldumbide y su esposa doña Lucrecia Pérez de Zaldumbide y muchos otras personas.

Corresponsal.

NOTAS SOCIALES



Momentos después de haber arribado a este puerto a bordo del SANTA BARBARA, el Excmo. señor Antonio C. González, designado por la Casa Blanca para ministro plenipotenciario ante la cancillería ecuatoriana, fue tomada la vista que precede estas líneas en el muelle fiscal de pasajeros. En ella aparecen, de izquierda a derecha: Lodo, Leopoldo Cabanilla Cevallos, quien saludó a bordo de la citada nave, a nombre del gobierno y gobernador de la provincia, al distinguido viajero; señora Helena de Parker, señora Mae de Parsons, señora de González, Excmo. señor don Antonio C. González, señor Taylor W. Gannett, vice-cónsul norteamericano; señor L. W. Parsons, gerente de la Empresa Eléctrica del Ecuador Inc.; señor Chan Santon Tay Sing, cónsul de la China; señor Frederick L. Royt, vice cónsul norteamericano; señor Mannix, sub-gerente de la Guayaquil Agencies Company; señor Phillip K. Tattersall, vice cónsul norteamericano; señor Victor Henriquez y señor Stenio Govea y M., cronista de EL TELEGRAFO, todos los cuales fueron a dar su bienvenida al ministro señor González.

EN GUAYAQUIL

Concurridísimas y alegres se vieron las calles de nuestra urbe celebrando el Carnaval. En los tres días, grupos de amantes a esa tradicional diversión recorrieron la ciudad, y nuestra juventud se entregó a jugar con la misma fiebre y alegría de pasadas épocas.

Grupos situados en las esquinas acechaban el paso de las bellas transeúntes para arrojárselas los consabidos globitos. En los distintos barrios se mantuvo el juego reñido, alegrado por simpáticas incidencias. Conocidas damas y caballeros del ambiente social porteño, en automóviles y desde los balcones de sus casas, gozaban, lanzando y recibiendo las "bombas". Y como remate se organizaron en varios hogares y centros sociales, animadas fiestas bailables.

Se efectuó un animado baile en los salones de la Sociedad General de Empleados en el cual el señor Humberto Lombeida V. hizo la proclamación de la señorita CARNAVAL de dicha Institución, colocándole la lujosa Banda obscurada por la niña RINITA PERRONE GALARZA, la cual tenía la siguiente inscripción: Señorita Carnaval de la Sociedad General de Empleados.

El Comité pro Carnaval nombrado por el Sindicato de Empleados ofreció un suntuoso baile en el Salón de Honor de su propio local, y en el cual se hizo la elección de la Señorita Carnaval del Sindicato de Empleados ex-Asociación de Empleados.

Fue elegida como Reina la bella señorita Olguita Basantes Navas, ante quien rindieron pleito homenaje todos los concurrentes.

Con motivo de la clásica celebración del día Momo el Comité Social Colón organizó un bello programa consistente en la elección de su Reina, recaída en la bella señorita Fanny García Drouet y su corte.

El Comité ofreció un espléndido agasajo en su salón de honor al que concurrieron la Reina, su Corte e invitados especiales.

Como delegados especiales para las atenciones de estilo figuraron los señores: Héctor Suárez Baque-

rizo, Gabriel Mármol Ribadeneira, José Carlos Icaza y Federico Santistevan Amador.

Vino procedente de la capital de la República, el Excmo. señor don William Dawson, ex-ministro de Estados Unidos en Quito, quien se dirige a Bogotá a asumir la Legación de su patria ante el gobierno colombiano.

En la estación de Eloy Alfaro le presentaron el saludo de bienvenida, el licenciado Leopoldo Cabanilla Cevallos, a nombre del gobernador, el señor Dayle C. Mc Donough, cónsul general de Norte América en Guayaquil, el personal del consulado y numerosos miembros de la colonia americana residente entre nosotros.

Fue servida en los salones comedores del Hotel Astoria, una espléndida comida que los residentes norteamericanos ofrecieron en honor del señor William Dawson, último Ministro de ese país ante el nuestro.

La reunión se caracterizó por el aspecto de cordialidad que reinó en ella y por las demostraciones de aprecio y simpatía que hicieron al distinguido diplomático norteamericano sus más destacados conacionales, muchos de los cuales fueron en unión de sus respectivas esposas.

A más del agasajado concurrieron los señores Gannett, Tattersall, Roty, Parsons, doctor Parker, Yoder, Goodell, Enochs, J. T. Smith, Reed, Sorg, Ruperti, M. M. Smith, Norton, Munroe, Capwell, Middlemas, Tompkins, doctor Carlos V. Coello, Rohde, Ruperti, Henriquez, Alcivar y Capitán Monse; y las señoras, Yoder de Monge, de Parker, de Parsons, de Tattersall, de Sutherland, de J. T. Smith, de Reed, de Ruperti de Rohde, de M. M. Smith, de Capwell y de Norton.

Fuimos distinguidos con la visita del señor William Dawson último Ministro residente de Estados Unidos ante nuestro Gobierno, pues ha sido acreditado con igual cargo ante la Cancillería de San Carlos.

A bordo del turbo-eléctrico SANTA CLARA, partió a la capital de Colombia, el Excelentísimo señor William Dawson, a donde ha sido trasladado por el

Gobierno de Washington, después de haber actuado como representante diplomático de los Estados Unidos, ante nuestro gobierno, desde el año de 1930.

Diplomático de exquisito trato, supo captarse singular estimación y simpatías en los círculos de gobierno y sociales. Su alejamiento del país, después de tan larga permanencia, interrumpe una corriente de amistosas vinculaciones. Y el Excmo. señor Dawson que sabe todo lo que se le aprecia, comentando su partida, en la visita que nos hizo, nos decía con su habitual gentileza: me alejo del Ecuador al que puedo decir considero como un primer amor, pues ha sido en este país donde he desempeñado mi primer puesto como Ministro Plenipotenciario; además, en Quito, es la ciudad donde he residido por más tiempo, en el curso de mi carrera.

El Excmo. señor Ministro de los Estados Unidos de Norte América don Antonio C. González, quien llegó a este puerto procedente de New York destinado por la Cancillería de la Casa Blanca para representar a su país ante nuestro Gobierno, marchó hacia la capital.

Muchos conacionales y miembros del consulado norteamericano, presididos por el representante consular de dicha nación en Guayaquil fueron hasta la vecina estación de Alfaro a despedir al distinguido diplomático Excmo. señor González.

En carro expreso regresó de la capital el Excmo. señor Capitán don Colón Eloy Alfaro, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Ecuador en Washington, quien será trasladado con igual cargo ante la Cancillería de Colombia.

A recibir al distinguido diplomático concurrieron numerosísimos amigos y parientes.

El Excmo. señor Alfaro partió para Estados Unidos a bordo del turbo-eléctrico SANTA ELISA.

A bordo del turbo-eléctrico SANTA ELISA partió a Estados Unidos de Norteamérica el Excmo. señor Capitán Colón Eloy Alfaro, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Ecuador en Washington. A despedir al distinguido diplomático se trasladaron a bordo de la nave de la

Grace, en una lancha expresa, sus parientes, un grupo de presantes elementos de los distintos sectores sociales de la ciudad, miembros del Ejército y representantes de las autoridades locales.

Rodeados del afecto de los suyos y de las simpatías de sus amistades, celebraron el primer aniversario de su matrimonio los estimables esposos señor don Héctor Manrique Acevedo y señora doña Carmela Gallardo de Manrique, distinguida pareja que goza en nuestra sociedad, de merecidas simpatías y afectos.

En su elegante residencia de la avenida Eloy Alfaro, se improvisó una amena reunión, que se prolongó en un selecto ambiente, por espacio de varias horas, realizado por las finas atenciones que los cultos dueños de casa dispensaron a todos sus visitantes.

Con una exquisita comida servida en los comedores del Hotel Astoria, un grupo de altos empleados de la sección oficina del departamento de Obras Públicas Municipales, inició las comidas rotarias mensuales que han acordado entre ellos a objeto de afianzar los lazos de compañerismo y amistad que los une.

A la reunión citada concurrieron los señores Ingeniero Director, don Ignacio Granja Saona, don Julio Loor Alcivar, don Telmo Oyague Calvo, don Enrique Pareja Cabanilla, don Gale Ycaza Valverde, don Juan Zoller Sotomayor, don José Albán Almeida, don Claudio Camosano Cornejo, don Plutarco Latorre G., don Euclides Arzuirre González, don César Acosta Lasso y don Eduardo Varras A.

La comida inaugural en mención fue ofrecida en honor del señor Ingeniero Granja Saona, jefe de la oficina, como una demostración de aprecio y simpatía de sus subordinados.

Retornó de la ciudad capital, el señor don José María Díaz Granados, Gobernador de la Provincia del Guayas. A recibir a la primera autoridad provincial, se trasladaron a la vecina estación de Eloy Alfaro, sus familiares y muchísimos amigos.

Sigue al frente.

NOTAS SOCIALES

Viene del frente.

De paso para el interior de la República, se encuentra entre nosotros el señor don Luis A. Maldonado, miembro de la redacción de nuestro colega de Bahía de Caráquez, El Globo, cuya representación le ha sido confiada para la consecución de entrevistas políticas, reportajes, etc.

Circulan entre las familias de representación de la sociedad porteña, los partes de estilo del próximo matrimonio de la señorita Olga María Miller Wright, distinguida damita perteneciente a un respetable y apreciado hogar, con el señor don Gustavo Pérez Chiriboga, estimable caballero de la sociedad capitalina.

Las elegantes esquilas están suscritas por los padres de la contrayente doctor don Pedro Miller Gutiérrez y señora doña Mercedes Wright de Miller, y señor don Enrique Pérez Muñoz y señora Genoveva Chiriboga de Pérez, padres del novio.

Dada la posición social de los contrayentes y el vasto ambiente de simpatías de que gozan, la consagración de esa boda, que se realizará en la ciudad capital, ha de constituir un destacadísimo acontecimiento social.

Procedente de Quito llegó el escritor y publicista señor don Gonzalo Orellana, quien visitó nuestra Redacción, ofreciéndonos una charla amena sobre los más interesantes acontecimientos de la vida capitalina.

A mediados del presente mes, partirá a Estados Unidos y Europa el doctor don Antonio Parada G., conocido galeno de la ciudad. El doctor Parada, viaja con el propósito de perfeccionarse en los más reputados centros científicos de Norteamérica y del viejo mundo. Sus colegas y amigos le preparan distintos agasajos de despedida.

La blanca cigüeña, mensajera de la felicidad ha traído en el "ágata rosa del pico" un precioso bebecito al distinguido hogar de los esposos señor don Alfredo Paulson y señora Judith Roca de Paulson, colmando con tan hermoso presente la dicha de sus estimables papás.

El hogar de los esposos Palau Collat, ha sido alegrado con el nacimiento de una preciosa bebecita, que llevará los nombres de Gladys Grace Francisca.

Han contraído matrimonio civil y eclesiástico el señor don Carlos Plaza Rodríguez y la señorita Clemencia Cañarte Zavala.

Ambas ceremonias se verificaron en privado habiéndolas apadrinado el Comandante don Alvaro R. Cañarte y doña Amarilis Zavala de Cañarte; y sirviendo de testigos los señores Arturo Cuccalón Tola, Rafael Andrade, Fernando Plaza y Victor Hugo Cañarte.

En la capilla del Sagrario recibió las aguas bautismales la graciosa bebecita, primogénita de los esposos señor doctor don Fausto Gómez Terán y señora doña María Lucía Cuccalón de Gómez. Como padrinos actuaron el señor don Manuel Eduardo Cuccalón y su esposa señora Maclovia de Cuccalón. La encantadora niña lleva los nombres de Elsa Carolina María Lucía.

Con motivo de celebrar su onomástico fue objeto de múltiples y expresivas felicitaciones la señorita Violeta Ramírez Dueñas.

A una simpática fiesta dió ocasión en el local de la Compañía de Bomberos "10 de Agosto"

No. 22 el acto de reconocimiento del nuevo Comandante, don Octavio Arbaiza Márquez de la Plata, antiguo legionario de la casa-rosa que fue llamado al servicio activo mediante una orden general de la Jefatura del Benemérito Cuerpo.

Después que el Comandante Arbaiza fue presentado a sus subalternos, y agradeció la distinción en un breve discurso, agasajó es-

pléndidamente a los oficiales de la unidad, y a las demás personas concurrentes al acto.

A bordo del turbo-eléctrico SANTA BARBARA partió a Valparaíso la distinguida dama quiteña señora Laura Rivera de Arteta, acompañada de sus hijos Federico, Leopoldo, Piedad y Rosita Arteta Rivera.

La señora de Arteta, que per-

tenece a una de las más prestantes familias de la sociedad capitalina, se dirige a Chile, donde va a radicarse, con el objeto de que sus hijos Federico y Leopoldo ingresen a una de las mejores universidades de esa nación.

A despedir a los distinguidos viajeros concurrió un grupo numeroso y selecto de personas pertenecientes a nuestros mejores círculos sociales.

Con motivo de cumplir cinco años la niña Carlota Vilma González, sus padres le obsequiaron con una fiesta infantil.

Recibió expresivas felicitaciones de sus extensas relaciones sociales la señorita María Luisa Dueñas Estrada, con el grato motivo de festejar su mejor día.

El hogar de los esposos Núñez Chiriboga—Ycaza Núñez, ha sido alegrado con el nacimiento de una bebecita que llevará los nombres de Lucy de la Gloria.

Regresaron con procedencia de Quito el doctor don Vicente de Santistevan Elizalde, su distinguida esposa señora doña Susana Arosemena de Santistevan y el señor don Juan de Elizalde.

El coronel don Carlos Flores Guerra, prestante elemento de la sociedad capitalina y distinguido jefe militar retirado del ejército ecuatoriano, ha tenido la gentileza de enviarnos una tarjeta de despedida con ocasión de haber seguido viaje a Quito.

Fueron objeto de expresivas demostraciones de cariño, los estimables esposos señor don Alfonso Heriberto Ulloa R., y señora doña Laura Carrera Sánchez Bruno de Ulloa, con el grato motivo de cumplir un año de haber formado su honorable hogar.

Rodeada de su familia y el núcleo distinguido de sus amistades, pasó su día la estimable damita de nuestros mejores círculos sociales, señorita Piedad Ribadeneira Aguirre, quien celebró el fausto aniversario de su nacimiento.

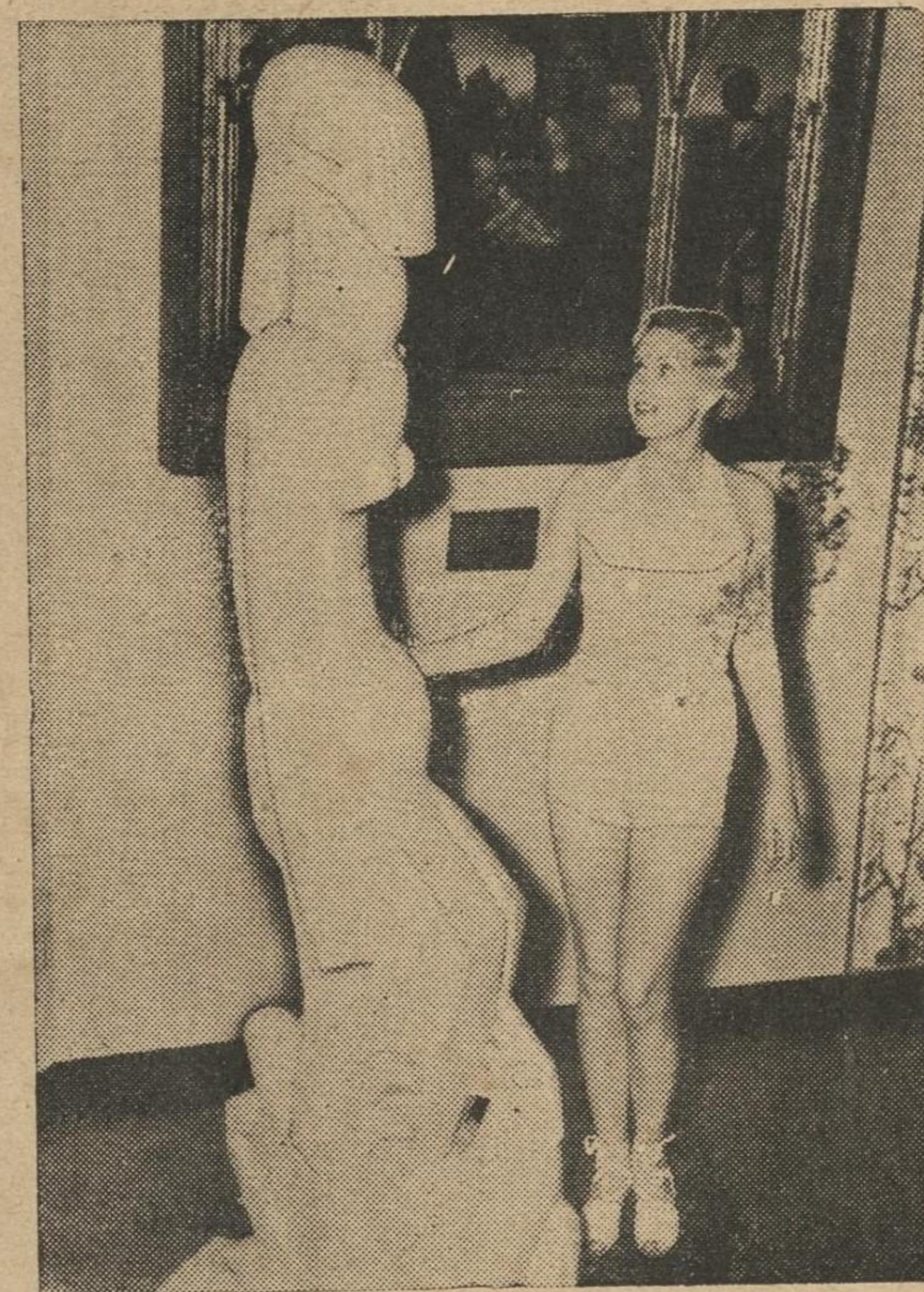
Festejó su mejor día la profesora de Obstetricia señorita Abigail Franco, por cuyo motivo fue cumplimentada por sus numerosas amistades.

Un distinguido grupo de elementos de nuestra sociedad se dió cita en la hermosa residencia de los esposos don Alfredo Baquerizo Roca y señora Lola Valenzuela de Baquerizo, para testimoniar a su hija, la gentil señorita Lolita Baquerizo Valenzuela, todo el cariño y simpatías de que merecidamente goza en el extenso círculo de sus amistades, con motivo de haber cumplido un año más de risueña existencia. Durante las horas pasadas en tan culto hogar, los visitantes fueron exquisitamente atendidos por la bella festejada y sus estimables padres.

Múltiples demostraciones de cariño y simpatías recibió la señorita Victoria María Heinert Amador, distinguida damita del ambiente social porteño, con ocasión de celebrar su día de días.

Con motivo de haber sido el cumpleaños de la señora Josefina de Elizalde Luque fue muy visitada por sus extensas relaciones sociales.

Fue objeto de las más expresivas demostraciones de cariño, la señora doña Yolanda Arroba Molestina de Martínez Swett, distinguido elemento del ambiente social porteño, con motivo de celebrar su día de días.



He aquí la Venus de Jacob Epstein que ha sido calificada de indecente. La Asociación de Modelos Profesionales de New York entabó un proceso contra Epstein en defensa de la modelo Serena Martin, que se queja de haber sido perjudicada por la arbitraria estatua. En la foto aparece junto a la Venus de Epstein la modelo Serena Martin para que los lectores puedan hacer comparaciones. Es sensible que en la foto no puedan apreciarse ciertos lieros detalles, que son los motivos de desprestigio por los que protesta la bella Serena. La estatua es exhibida en la exposición de Arte del Centro Rockefeller; y la Asociación de Modelos lucha para que sea retirada de allí.

New York.—(De Editor Press.)—De súbito el público americano se ha encontrado constituido en jurado de estética fundamental. En la Exposición de Bellas Artes del Centro Rockefeller se ha planteado la controversia; allí están, frente a frente, la "Afrodita" de Samos y la "Venus" de Jacob Epstein. Miss Serena Martin, modelo profesional ha pedido la remoción de la estatua de Epstein por fea y por indecente. Además si hubiera de generalizarse la teoría estética de Epstein ya no habría necesidad de modelos atractivos como Miss Martin que bastante han tenido que sufrir ya por la crisis.

El público newyorkino apreció el valor artístico de estas dos tan opuestas concepciones de la belleza femenina aplicada a la diosa del Amor; al par que la inconveniencia moral de algunos rasgos de la estatua de Epstein, que fueron el punto de partida de la animada controversia.

Un visitante amenazó con recurrir a la "Sociedad Americana para la Supresión del Vicio", si la obra de Epstein no era retirada. La administración del Museo quiso conocer entonces la opinión de las autoridades artísticas. Se

dieron entonces cuenta de que tenían en mano un conflicto trascendental. John Sloan, presidente de la Asociación de Artistas Independientes, no pudo ser más categórico: "La 'Afrodita' de Samos, dijo, no es más que un 'pollito monino'. El trabajo de Epstein es una imagen creadora que realmente expresa la idea de lo que los griegos creyeron que la diosa del Amor era. La estatua de Afrodita no es más diosa que lo que podría serlo yo". Miren ustedes lo que Mr. Sloan cree "una imagen creadora".

Un famoso ilustrador, Mr. Stanlaws, fue igualmente explícito. "Estamos cansados de bellos cuerpos. Esa es una idea de armonía que puede corresponder a la antigua Grecia. Hoy vivimos en la época del jazz. Epstein es eso: jazz".

La más conservadora de las instituciones de arte en los Estados Unidos, es la Academia Nacional de Dibujo. Su presidente actual es Mr. Jonás Lie, que ha mostrado una marcada tendencia a contemporizar con el modernismo. Por eso sin duda fue muy parco en su juicio: "La otra figura, dijo, la de la Afrodita, es muy hermosa".

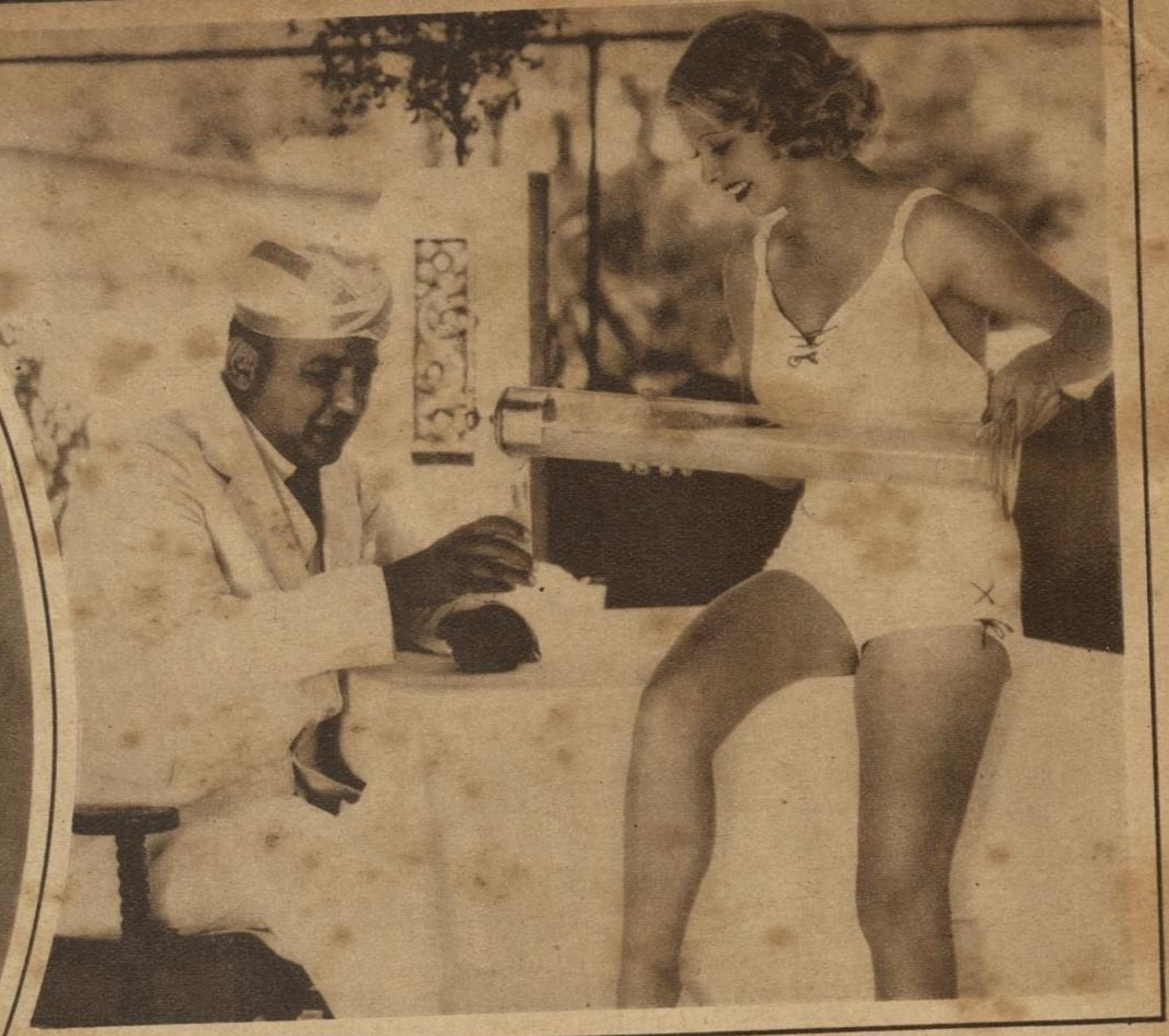
EL MISTERIO DE LAS LLAVES



El señor Rodolfo Traube, conocido industrial costarricense.



HUGH WILLIAMS, del elenco Fox.



LA ULTIMA NOVEDAD alcohólica de Hollywood es un nuevo aperitivo compuesto de jugo de piña sin azúcar, limón, hiele y whiskey. La joven que vierte esta extraña bebida a los visitantes es Roberta Gale.



EL BOUDOIR DE MARY BOLAND tiene efectos netamente modernistas. (Paramount)



CATEDRAL DE GUATEMALA. (Foto Augusto Mendoza.)

Viene de la página 7
ROBERTO. — ¿Nunca le ha dado bromas por teléfono? (Susana hace un rápido gesto que Dionisia interpreta).
DIONISIA. — Sí: el otro día me telefonó para comunicarme que las ranas estarían preparadas a las cinco.
ROBERTO. — Entonces es él. Ya le daré una pequeña y muy útil lección.
DIONISIA. — Será hasta pronto, Roberto...
ROBERTO. — Hasta siempre, Dionisia (Salen las mujeres. Roberto se sienta y sigue hojeando los papeles. Luego toma del bolsillo la llave y la contempla. Entra Susana, Roberto escucha rápido la llave y reanuda su trabajo).

SUSANA. — (Sentándose en el borde del escritorio) ¿Trabajarás mucho, todavía?
ROBERTO. — Un poco. Quisiera terminar con esto...
SUSANA. — Lo dices sin entusiasmo. Por lo general hablas de tus trabajos como yo de mis vestidos... ¿No te sientes bien?
ROBERTO. — No. Al contrario: me siento muy bien.
SUSANA. — (Luego de una pausa) Dime, Roberto, ¿no has encontrado nada, hace un rato, en el comedor?
ROBERTO. — (Mirándola fijamente) ¿Algo? ¿Cobijada por la mirada del esposo, trata de variar la conversación. Quiero decir si no has notado nada, en el comedor. Me refiero a Dionisia. Cuando estábamos junto a la ventana, la pude observar mejor. Ya se le notan las arrugas. Dionisia confiesa veintinueve años, pero debe frisar en los treinta y cinco...
ROBERTO. — ¡Ah!... ¿Eso era?... Sí. No... no lo había notado.
SUSANA. — Ustedes los hombres no reparan en nada... Si te sacan de tus manuscritos y de tu economía política no ves más allá de tus narices!
ROBERTO. — (Enigmático) ¿Te parece?
SUSANA. — (Riendo) ¡Estoy segura de ello! ¡Mi buen Roberto! Si te hubiese tocado por esposa una mujer casquivana... habrías aumentado el número de los maridos engañados.
ROBERTO. — Es muy probable. Pero eso carece de importancia, puesto que tú me eres fidelísima. ¿Me equivoco?
SUSANA. — (Riendo) ¡Sí!... Te engaña.
ROBERTO. — ¿Con quién?
SUSANA. — Con el encendedor...
ROBERTO. — ¿Sabes que a veces la verdad se dice riendo?
SUSANA. — Todo puede decirse, indistintamente, riendo o llorando... Pero, veamos. Entre nuestros amigos que me hacen la corte figura el barón Hyrsute...
ROBERTO. — No. Un poco viejo para ti, ¿verdad?
SUSANA. — (Continúa en tono de broma) Has acertado. Me estás resultando un verdadero psicólogo. El señor Latrigoule...
ROBERTO. — No la desagradas. Pero es un hombre indiscreto.
SUSANA. — ¡Muy bien! Adelante, entonces, Eduardo...
ROBERTO. — Le encantas.
SUSANA. — ¿Pero...?
ROBERTO. — No encuentro peros...
SUSANA. — ¡Oh! ¡Eduardo festeja a todas las mujeres! Que da el barón de Singapoun...
ROBERTO. — Un antipático. Dime, en conclusión... ¿a quién has elegido?...
SUSANA. — ¿Elegido?
ROBERTO. — Sí: a cuál de nuestros amigos has elegido. Más prudente es fijarse en un extraño; pero las mujeres no sutillizan tanto: prefieren ser tradicio-

nales. Has optado, pues, por un amigo.
SUSANA. — ¡Roberto! ¿Me estás hablando en serio?
ROBERTO. — Tal vez... Quizá...
SUSANA. — ¡Vamos, Roberto!

ROBERTO. — (Irguiéndose) ¡Acusada: de pié!
SUSANA. — ¡Pero querido!... ¡No me gustan estas bromas!
ROBERTO. — (Sentándose). Se suspende la audiencia. ¡Agentes: conduzcan a la acusada! (Llaman a la puerta). ¡Adelante!
SUSANA. — (Estremeciéndose) ¿Por qué me asustas así?
MARIA. — Está el señor Chamoix. Desea ver a los señores.
ROBERTO. — Que pase en seguida.
SUSANA. — (Soprendida) ¿Eduardo?... Seguramente nos trae la invitación para la fiesta en lo de Calton...
EDUARDO. — (Entra. Elegantisimo. Habla apresuradamente. Está agitado). Buenas tardes, amigos. ¿Cómo está, señora? Ustedes perdonen...
SUSANA. — ¿Pudo dar con su casa esta mañana?
EDUARDO. — Sí; pero en qué estado! El barón Hyrsute salió de aquí gritando que tenía sed. Quiso beber en la fuente de una plaza. Resbaló. Salí hecho una sopa y semidesmayado. También yo me empapé hasta los huesos. En el auto le dí masajes. Lo llevé hasta su casa. Volcó la peca-rra dentro del piano...
SUSANA. — No había bebido mucho, sin embargo. ¿Y usted?
EDUARDO. — Sé conservar la serenidad... (A Roberto). Continúe, continúe con su trabajo... (Roberto sigue ojeando los papeles) Después el barón se empeñó en ordenar los libros de su biblioteca, trepado en la escalera. (Se acerca a Susana y le habla en voz baja) He telefonado dos veces.
SUSANA. — Atendió mi marido.
EDUARDO. — ¡Creí que era el portero! ¿Le dijo que llamaba "la revista de la moda"?
ROBERTO. — (Levantando la vista). ¿Cómo?

EDUARDO. — Hablábamos de "la revista de la moda".
ROBERTO. — ¡Ah! ¿Por lo del teléfono?
EDUARDO. — Sí... no... es decir...
ROBERTO. — ¿También a usted le dieron la broma?
SUSANA. — (En voz baja, Rápida). Digale que fue Jorge.
EDUARDO. — Sí... Supongo que fue Jorge. Tiene esa mala costumbre... (Roberto sigue mirando los papeles) Pero he venido por otra cosa. Anoche he perdido una llave...
ROBERTO. — ¿Una llave, dice?

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la suya, Eduardo? ¿Esta, que María encontró en el comedor... o ésta, que figura en la colección de mi señora?... Puedo, en consecuencia, afirmar lógicamente que Susana posee la llave de un departamento del cual... también usted tiene la llave... Esta es la prueba evidente de... Pero basta... ¡basta!... (Arroja las llaves sobre el escritorio. Vuelve a su sitio, lentamente; mira con absoluta impasibilidad a Susana y a Eduardo. Deslizó la mano en el bolsillo donde tiene el revólver. Susana, aterrizada, busca refugio en los brazos de Eduardo. Este se repara tras Susana. Roberto sonríe. Extrae del bolsillo una petaca. Toma un cigarrillo; lo enciende. Por último, se sienta, descoliga el auricular del teléfono, hace girar varias veces el disco). ¡Hola! ¿Con el abogado Duthieux?... Habla Roberto Lemissel... Buenas Tardes... Muy bien... ¿Y a usted?... Sí: estoy preparando el tercer volumen. Saldrá pronto. Faltan unos retoques de forma, nada más... Precisamente quiero pedirle un pequeño favor... ¿Cuándo podríamos vernos para conversar de un asunto de divorcio?... ¿Cómo? ¿Cuál?... El mío... Sí: el mío... Mi amigo Eduardo Chamoix, locamente enamorado de mi esposa, no ha querido traicionarme como lo hacen los hombres vulgares... Acaba de pedirme la mano de mi esposa... Sí, está aquí conmigo... Accedo a su pedido... ¡Hace mucho tiempo que quiero desembarazarme de esta mujer!... ¿Ahora mismo?... No hay tanto auro... Pero si usted quiere venir... Lo esperamos... (Cuelga el receptor. Sorbe largamente de su cigarrillo y reanuda su lectura interrumpida).
Mauricio DEKOBRA.

EDUARDO. — Sí: una llave. Como estuvimos bailando y lo-queamos un poco, sospecho que la he perdido aquí.
SUSANA. — Espere. Es fácil averiguarlo. Le preguntaré a María.
EDUARDO. — Le agradeceré mucho...
ROBERTO. — (Reteniendo a Susana que se dispone a tocar el timbre). Un momento.
SUSANA. — ¿Por qué?
ROBERTO. — No es necesario que llames a María. (Se incorpora con las manos en los bolsillos. Va hasta Eduardo) ¿Qué clase de llave perdió?
EDUARDO. — Y... una llave como todas las otras.
ROBERTO. — ¿Una llave de cañe de hierro?...
SUSANA. — Podemos llamar a María...
ROBERTO. — Te repito que no es necesario. (A Eduardo). ¿Cómo es la llave?
EDUARDO. — Es una llave de departamento, común...
ROBERTO. — ¡Ajá!... Una común, una vulgar llave de departamento... ¡Sólo una vulgar llave!
EDUARDO. — Eso es...
ROBERTO. — Muy bien. Mira alternativamente a su esposa y a Eduardo).
SUSANA. — Roberto... ¿qué te pasa?...
ROBERTO. — Estoy muy afligido... (Serenísimo). Pero no crean que trato de resolver un grave problema. Nada de eso; nada de eso... Me interesa únicamente la llave que usted ha perdido... Es extraño ¿no?
EDUARDO. — (Inquieto). Sí, un poco extraño...
ROBERTO. — (A Susana) La llave de nuestro amigo es también la llave de un misterio que hace tiempo intento resolver. Un misterio sin gravedad, pero muy curioso...
SUSANA. — No entiendo...
ROBERTO. — Nuestro amigo Eduardo entiende perfectamente. Y comprende también que ha cometido una imperdonable imprudencia hablando ante mí de esa llave perdida.
Susana y Eduardo se miran ansiosos. Roberto se complace en prolongar la situación).
ROBERTO. — Les probaré en seguida que se trata de una imprudencia. (Se acerca a ellos, extrae de los bolsillos la llave de Eduardo y las de Susana. Muestra, juntas, las dos llaves gemelas). ¿Cuál es la su

